

SS
SERVICIO
SECRETO

TONY WANTON

ACORRALADO



TONY WANTON

ACORRALADO

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1952

EDITORIAL  BRUGUERA
Proyecto, 1 - T. 254453 BARCELONA (6)

OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

3—Servicio Especial. 9—Contraespionaje. 23—La zorra del desierto. 30—M. I. 5. 35—Corea. 41—Yo acuso. 48—La implacable amenaza. 50—Obscuro dominio.

PRINTED IN SPAIN

Impreso en Gráficas Bruguera. Proyecto, 2 - Barcelona

Reservados los derechos para la presente edición



CAPÍTULO I

Aquello estaba oscuro como boca de lobo. Era un recodo estrecho, desprovisto de luz, iluminado tan solo por un farol mortecino que se encontraba en la esquina norte y que se encendía y apagaba a intervalos, como la llama moribunda de un mechero pronto a fenecer. Las sombras de los que se aventuraban por allí, se recortaban, alargándose, en el empedrado, produciendo una extraña mezcla de ilusión y realidad en las oscuras fachadas de los edificios. Los ruidos de la ciudad, del centro de la ciudad se entiende, llegaban amortiguados, apagados casi por la distancia y, más aún, por la quietud de aquellas horas de la noche. De vez en vez, un rayo de luz, parecido a una franja amarillenta y ancha que se desbordase, surgía un segundo por derecha o izquierda, indistintamente, del recodo. Era el foco de luz de los faros de algún coche que cruzaba silenciosamente la amplia calzada de Maywood, en el límite de la Avenida Diecisiete. Un reloj lejano dio tres solemnes campanadas. Alguien abrió y cerró una puerta o el marco de una ventana, produciendo un quejoso lamento de madera vieja y en desuso. Un silbido prolongado Se perdió a lo lejos, y los pasos de un hombre resonaron en la acera, monorrítmicos, lentos, cautelosos. Su figura se dibujó a la luz del farol.

Era la figura de uno de tantos tipos como se veían corrientemente a tales horas. Alargada, con el sombrero inclinado sobre la frente y el ala cayéndole hacia los ojos. Por lo demás, carecía de sello personal en las sombras. Iba con las manos metidas en los bolsillos de la trinchera, el mentón adelantado y los hombros

altos. Nada más. Nada que llamara la atención; nada que fuera impropio del barrio, de la hora... o de las circunstancias.

Avanzó unos pasos, siguiendo la trayectoria de la fachada; dobló esta antes de llegar a la calle Harrison, y continuó por la Avenida Diecisiete con dirección a Broadview. Faltaban pocos pasos para que alcanzase este último punto, cuando se produjo cierto movimiento en las sombras que le obligó a detenerse, pegándose a la pared. Dos bultos más surgieron como brotados del aeródromo de Hines. Field, tambaleantes, rezongando en alta voz, apoyados el uno sobre el otro hasta detenerse en el centro de la calzada. Luego, prosiguieron andando, gesticulando sin cesar, pisando en falso como si fueran a caerse de un momento a otro, y dando evidentes señales de borrachera. La figura del hombre que se amparaba en las sombras de la fachada cobró visibilidad, y se desplazó de nuevo unas pulgadas por el enlosado. Sus ojos relucieron en la noche, y sus miembros perdieron rigidez para tornarse flexibles. Terminaba, de reconocer, en los dos bultos que se le aproximaban, a dos empleados del aeródromo. Se le vio sonreír un segundo y continuar la marcha con las manos en los bolsillos. De pronto, los que avanzaban a su encuentro dieron un tremendo traspiés, y uno de ellos tropezó con el encintado en el momento que la figura del desconocido llegaba a su altura. Se agarró a él para no ir al suelo y... entonces, cambió la decoración.

—¡Duro con él! —gritó al hombre que le acompañaba.

El desconocido hizo un movimiento hacia atrás, soltándose bruscamente mientras su brazo derecho se ponía tenso y un bulto aparecía en el bolsillo de la trinchera. Dijo, situándose de espaldas a la pared vecina:

—Un movimiento más y disparo.

Siguieron unos segundos de silencio, alterado tan solo por el resoplar de quienes atacaban. Un chispazo surgió de uno de ellos, seguido de un ruido parecido al de una botella al descorcharse, y el desconocido se encogió dolorosamente, terminando por caer deslizándose por la pared en que se apoyaba. Hizo un terrible esfuerzo por apretar el gatillo del arma que llevaba oculta, pero se le frustró el esfuerzo como consecuencia de un nuevo chispazo, de la misma procedencia que el anterior. El hombre que había disparado contempló un segundo a su víctima, mientras el otro se aproximaba, dando un salto, procediendo a introducir la mano en los bolsillos del desconocido.

—¿Lo tienes ya, Elk?

—Ya lo tengo, John; ¿qué esperas? Haz la señal, y vámonos

pronto. No me gusta el sitio.

El llamado John emitió un silbido. Otro silbido le contestó al extremo de la calle, precisamente por la dirección que siguió el desconocido al llegar hasta allí, y la negra sombra de un auto se les aproximó en silencio. Corrieron a él, y se introdujeron por la abierta portezuela antes de que él coche se hubiera detenido.

—Arrea, tú —dijo Elk, al tiempo que entraba—; pisa a fondo, y Cuidadito con hacer ruido. Podrían oírnos los del aeródromo.

Dio la vuelta el auto en un santiamén y se perdió por la Avenida Diecisiete remontando Maywood en el momento que varios bultos se aproximaban al lugar del suceso, y uno de ellos lanzaba una exclamación de asombro al descubrir el cuerpo de la víctima.

—¡Diablos! ¡Que me emplumen si este no es el comandante Hunt! ¡Ya me pareció a mí que había oído tiros!

* * *

Mascó unos segundos el chicle, terminando por arrojarlo lejos de él.

Los agudos ojos de Dawes le contemplaron fijos.

—¿Qué, no te atreves?

Bixy «Sot» (tonto, como le llamaban), lanzó un salivazo antes de responder a la provocación que le hacían. Cuatro o cinco pares de ojos, le observaron desde distintos ángulos del local, y varias bocas sonrieron a la vez al oír a Dawes. Alguien dijo, contemplando los desarrollados bíceps de este:

—No me parece que tenga muchas ganas el chico.

Y era verdad que Bixy no parecía tener ganas de medirse con el gigantón que se le había plantado delante con las piernas abiertas y los brazos en jarras, cerrados los puños bajo los guantes de boxeo y el abultado tórax ligeramente estremecido a causa de la respiración. En el gimnasio de la calle Doce, cerca de la Avenida Michigan y próximo al puerto, no había otro como Dawes para dar una paliza al más pintado, y lo sabían cuantos frecuentaban la sala. El mismo que habló antes volvió a hacerlo otra vez al cabo de unos segundos de espera:

—No te canses; el chico no quiere que le estropees el perfil. Puedes buscarte otro… si lo encuentras, que no es fácil.

Dawes torció la boca con sarcasmo, y contempló a Bixy de nuevo.

Repitió:

—¿Qué, no te atreves? ¿Crees que voy a hacerte «daño»?

El interpelado ahogó un bostezo. Estiró luego las piernas, y miró impertérrito al gigantón, mientras se llevaba las manos a la nuca. Respondió displicente:

—Eres muy grande, Dawes, y sería una lástima.

—Que sería una lástima, ¿qué? ¿Qué le rompiera algo?

—No, eso no; que pudieras lastimarle en la caída.

Los cuatro o cinco pares de ojos parpadearon incrédulos. Dawes arqueó las cejas, sorprendido, y un tipo achaparrado y macizo que jugaba en el pesario con la barra de las noventa libras, dejó esta en tierra, aproximándoseles.

Se hizo un silencio, que fue roto por el gigantón.

—¡Levántate, «Sot»! Vas a hacerme bueno lo que terminas de decir.

Bixy volvió a bostezar. Lanzó una mirada de reojo a sus compañeros de gimnasio, y flexionando el tronco sin esfuerzo alguno, quedó sentado en el banquillo donde «hacía» estómago.

—Bien —dijo sin mirar a Dawes—. Ya que lo quieres... Jugó las piernas y los brazos durante largo rato antes de levantarse y, sin perder la flema, contempló los guantes que terminaban de quitar al último que los había «hecho» con el gigantón, y que se hallaba cerca de allí asistido por un preparador bizco que le daba aire con una toalla. Los ejercicios se habían paralizado. Quien más quien menos se acercó al grupo que ofrecían Dawes y Bixy contemplando a este último con cierta admiración no exenta de ironía.

—¡Va-a-ya! —silabeó uno—. «Sot» sigue como el primer día que entró en el gimnasio: no ha ganado nada.

Bixy continuaba de pie. Miró de reojo al que terminaba de hablar, y sonrió a la vez que abría y cerraba la mano con el vendaje puesto. Dawes le lanzó una rápida mirada, y se dirigió al *ring* saltando las cuerdas. El preparador se le aproximó en aquel momento, y, al ver quién iba a ser la siguiente víctima, dijo sonriendo maliciosamente:

—No le pegues mucho. Ese chico aguantará poco, y no es necesario que te «emplees» con él. Bastará con que le «castigues» el cuerpo; ¿me oyes, Dawes? Así le tendrás dispuesto otro día para que te entrene.

—Ya le daré yo. Le voy a hacer lo que no he hecho con ninguno: dejarlo la cara hecha un rompecabezas para que adivine su novia dónde tiene la nariz y dónde los ojos. Ese novato, por muy tonto que sea, va a dejar de serlo en cuanto le ponga los guantes encima. Tenía ganas de zurrarle, y no sabía cómo ni de qué forma.

—¡Bah, Dawes! Bixy es un buen chico. El único defecto que

tiene, de sobra lo sabemos. Se cree guapo y presume más de la cuenta, pero… ¿a ti qué?

«Duérmele» pronto y basta por hoy; no conviene que abuses.

—Descuida, Limy; jugaré un rato con él antes de atizarle con la zurda. Servirá de distracción a los muchachos.

Se volvió de espaldas a la esquina, recostándose en las cuerdas. Bixy había entrado ya en el cuadrilátero, y parecía escuchar los consejos que le daba el que le puso los guantes. Los asistentes al gimnasio de la calle Doce se habían reunido alrededor del *ring*, sentados unos y de pie otros, haciendo comentarios por adelantado sobre lo que resultaría el encuentro. El más optimista, apostaba a que Dawes tumbaría a su contrario a los cinco segundos como máximo de comenzar la pelea. El preparador consultó el cronómetro de bolsillo. Dio una palmada sobre la lona, y se puso de codos sobre las cuerdas para ver el combate. Dawes avanzó al encuentro de Bixy, y le tendió la derecha a manera de saludo al tiempo que se hacía a un lado para golpear con la izquierda abierta, clavándole los cordones en el cuello. Fue un golpe de gato viejo del *ring*, que acusó Bixy. Antes de que se hubiera repuesto de la sorpresa, ya Dawes había iniciado un ataque en tromba con ganchos al hígado y a los costados, a la vez que manejaba la cabeza como un ariete golpeando con ella la cara de su rival. Bixy se cogió a él, trabándole por unos segundos. Abrazados se tambalearon por la lona, sin soltarse, hasta que Dawes lo consiguió empujándole fuertemente hacia las cuerdas. Como un tero furioso se dirigió a Bixy, fintando con la derecha al tiempo que lanzaba la zurda. Dio en el vacío. Aquel se había desplazado con rapidez, y Dawes estuvo en un tris que no cayera fuera del cuadrilátero. Se revolvió hecho una fiera, a la vez que estallaban algunas risas.

—¡Duro con él no se le escape! ¡Te ha cogido miedo!

—¡Arrincónale, que ya es tuyo!

—¡No le pegues muy fuerte, Dawes! «Sot» no podría aguantarlo.

En efecto. Bixy parecía *groggy*. Con la guardia baja se encontraba en el centro de la lona, donde había ido a parar después de la esquiva, y miraba como atontado los gesticulantes rostros de cuantos vociferaban. Dawes apretó los dientes y cerró los pullos. En tromba volvió de nuevo a arremeter, acorralándole, sin dejar de emplear la cabeza al mismo tiempo que le golpeaba con ganchos cortos. Se trabaron una vez más y, al salir del «clinch», le pegó fuerte con el codo. Bixy se tambaleó, y antes de que recobrara el equilibrio su mentón entró en contacto con la zurda de Dawes, cayendo al suelo de espaldas.

Una algarabía de voces se alzó en el gimnasio. Limy el preparador bizco, se contorsionaba de risa en las cuerdas.

—¡Bueno está, Dawes; déjalo! Ese chico tardará un rato en saber dónde se encuentra.

Los ojos de Dawes tenían un brillo acerado, y no sabía qué hacer con el protector que tenía en la boca. Estuvo a punto de escupirlo creyendo que Bixy no volvería a levantarse, pero la sonrisa que apuntaba en sus labios dejó de existir al ver que aquel sacudía la cabeza sentado en la lona, y que se ponía de pie transcurridos apenas tres segundos. Dawes avanzó con la derecha adelantada y la izquierda pegada al cuerpo, dispuesto a dispararla con violencia. Bixy no le dejó actuar. Se echó sobre él, trabándole desesperadamente mientras se reponía, en tanto que las risas arreciaban y los comentarios a voz en cuello se hacían mayores.

—¡Agárrate, «Sot», no le sueltes; te «lastimará» si lo haces!

—¡Eh, tú Dawes! ¿Baila bien el chico?

—¡Música! ¡Música! ¡Limy, saca la armónica y toca algo para ellos!

El preparador no era de los que se callaban tampoco. Haciendo bocina con las manos, gritó:

—¡Atízale, Dawes; atízale! ¡Emplea la zurda! ¡La zuuurda!

Pero Dawes no podía desembarazarse de Bixy, quien se le había cogido como una lapa. Finalmente, logró desasirse mediante un vigoroso tirón, y en aquel momento recibió un codazo imponente que le partió los labios. Se pasó el guante por la boca, y escupió sangre. Arrojó el protector y se fue hacia Bixy, dispuesto a terminar con él. Le acogió una lluvia de golpes que le cegaron, y un derechazo con más fuerza de la que hubiera podido esperar le derribó contra las cuerdas. Se agarró a ellas para no caer. Bixy le machacó con ambas manos ante un silencio imponente, hasta verle derribado por completo en uno de los *corners,* sin que nadie pudiera explicarse cómo había sucedido aquello. Limy abrió los ojos, sorprendido. Dawes cabeceaba apretando los labios llenos de sangre. En aquel momento, y cuando Dawes, inconsciente aun, realizaba un esfuerzo por ponerse en pie, alguien dio un codazo en el costado a Limy.

—Oye, ¿qué haces? ¿Es que no ha pasado la hora?

El bizco trató de hablar. Miró a Bixy y a Dawes, y al ver que este último se incorporaba, golpeó con la palma abierta en el *ring* y se metió, por entre las cuerdas para recoger a su protegido. Las risas y las voces habían cesado en el gimnasio. El cuidador de Bixy saltó también al *ring* para atender al joven, pero hubo de desistir de ello

para ayudar a Limy a sujetar a Dawes, quien al recuperar por completo los sentidos, quería pegar a «Sot» sin oír los consejos que le daba el bizco. Este le sujetaba por un brazo, tirando de él.

—¿Quieres estarte quieto? Vete al rincón y no hagas locuras. ¿Qué pretendes? ¿Qué te sacuda, como a un pelele, ese novato? ¡Calma! ¡Calma! Tranquilízate y hazme caso. ¡Si le hubieras dado con la zurda antes!… Consiguieron al fin llevárselo al rincón, no sin que Dawes dirigiera duras miradas a Bixy, quien sonreía ahora sentado en la banqueta mientras su «cuidador» le masajeaba la cara y el cuello, y uno de los que gritaron anteriormente hacía de ventilador con una camiseta. Se oyó un silbido prolongado, y el que lo lanzó dijo en voz alta:

—¡Bueno! Si me lo llegan a decir habría jurado que era mentira. ¡Dawes zurrado de esa forma!… ¡Corcho con el novato! Me parece que «Sot» no es el nombre que más le cuadra al chico ese.

Dawes miró de una manera asesina, al que terminaba de hablar. Repuso, sin poderse contener:

—Cuando termine con «Sot», procura no encontrarte en mi camino; lo podrías sentir.

—¡Bah! En el supuesto de que él no acabe contigo, Dawes; ese chico no es de mantequilla, precisamente.

Un golpe seco, dado en la madera, hizo que los que asistían a los púgiles salieran del *ring*. Dawes y Bixy se levantaron al tiempo; y al tiempo, cuando oyeron la palmada de Limy sobre la lona, se aproximaron el uno al otro.

—¿Qué, no te acuerdas ya Dawes? Dije que sería una lástima te lastimases en la caída.

El interpelado achicó los ojos. Amagó con la zurda dispuesto a entrar en el cuerpo a cuerpo pero Bixy adelantó un brazo y le metió el pulgar en un ojo a la que se desplazaba con un juego de piernas magnífico. Volvió a decir:

—También sé algo de eso, Dawes; no has de ser tú solo quien emplee trucos.

Dawes cerró el párpado del ojo herido, y se pasó el guante por él. Masculló:

—Te voy a hacer papilla.

Arremetió de nuevo. Esta vez no le esquivó Bixy, sino que, por el contrario, le aguantó a pie firme «cazándole» con un terrible «crochet» de derecha que le tiró contra una esquina. Esquivó la zurda de Dawes al entrar, y poniendo su cabeza en juego golpeó con ella repetidas veces, al tiempo que lo hacía con los codos trabando cuando podía pero sin dejar de golpear por ello. Dawes trató de

librarse de él, ayudado por su mayor peso, echándosele encima; mas, de pronto, se sintió inmovilizado en la lona. Bixy terminaba de pisarle los dos pies con los suyos, y arreciaba en los golpes con los codos, con la cabeza, pegándole de revés con los guantes, de canto, con la mano abierta, de todas formas, hasta conseguir minar la resistencia del gigantón y hacerle una cara que parecía un mapamundi. Cuando le vio a punto, su derecha entró en acción, yendo a incrustársele en la barbilla con una precisión terriblemente demoledora. Dawes cayó hacia atrás en las cuerdas, y Bixy se apartó de él para, al instante, repetir el golpe. Aquello fue definitivo. El cuerpo de Dawes rebotó en la lona, golpeándose en la nuca con la madera. Se hizo un silencio que fue roto por Limy al gritar:

—¡Imbécil! ¿Qué has hecho de la zurda?

La reposada voz de un tipo que había llegado a la sala momentos antes de terminar la pelea, y que avanzaba hacia el *ring*, contestó por todos:

—¿Qué ha hecho? Guardársela por si le hace falta, Limy; Dawes es un chico muy prudente… en ciertas ocasiones. ¿No lo sabías?

Continuó avanzando, mientras se abría el corro ante él y uno de los del gimnasio decía al oído de otro:

—Es Budy, ¿sabes? ¡Budy! Uno de los cinco grandes de Chicago.

Este se había aproximado en tanto a Bixy, y le tendía la mano por entre las cuerdas.

—Bien, muchacho; tenía ya ganas de que alguien hiciera con Dawes lo que todos acabamos de ver. Le felicito.

«Sot» le dedicó una sonrisa mientras se quitaba los guantes. Minutos después se hallaba en el vestuario quitándose la camiseta y los pantalones de gimnasia para meterse en la ducha. El que ofició de cuidador suyo no dejaba de darle consejos, mirando a todos lados, receloso.

—Escucha, Bixy: no debiste hacerlo, ¿sabes? Dawes la tomará contigo, y no te dejará en paz. Abre los ojos y no te descuides nunca. Ese tipo y el bizco que le acompaña son de cuidado y más de uno sé yo… Quedó sin terminar lo que iba a decir. Bixy terminaba de meterse bajo la ducha y empezaba a canturrear. Cuando salió, se vistió sin apresurarse, y desdeñando la compañía que aquel le brindaba, se dirigió hacia la puerta. Iba a salir, cuando se tropezó con uno que entraba.

—¡Eh, tú, Bixy, te llaman por teléfono!

Dio las gracias, y continuó andando. Sin hacer caso de los aduladores que halló en el camino, se aproximó a la cabina telefónica. Cerró la puerta cuidadosamente y cogió el auricular,

miranda de reojo por los cristales para ver si alguien se encontraba cerca que pudiera oírle.

—Diga.

Una voz pausada le llegó por el micro.

—Oiga: ¿es Evelyn?

—No, Evelyn no está; ¿quería algo?

Se oyó un fuerte suspiro, y la misma voz volvió a dejarse oír, esta vez sin la calma de antes.

—Escuche, Bixy: tengo malas noticias para usted, y será mejor que se las dé en mi despacho. ¿Puede venir ahora?

—¿Ahora? Precisamente estaba a punto de… Oiga, ¿por qué no me dice lo que sea?

Aguardó unos segundos antes de volver a escuchar de nuevo la voz.

—Bien, Bixy, se lo diré. Aguante como los buenos y no se desbarate. Es algo duro de roer pero…

A continuación, la voz aquella pronunció unas rápidas palabras que causaron un efecto terrible en el joven. Palideció de una manera mortal, y cuando colgó el receptor telefónico, le temblaba la mano y las piernas parecía que no iban a aguantarle. Abrió la puerta de la cabina, saliendo fuera con los ojos inmóviles y una sonrisa extraña en la boca. Pasó por entre un grupo sin corresponder a los saludos y a las felicitaciones que le hacían, y llegó a la calle sin saber cómo. Desde un auto estacionado frente a la puerta, Budy y una rubia que se encontraba con él, sentada en el interior del vehículo, le hicieron señas para que se acercase, sin lograr que pudiera verles. De pronto, y cuando echaba a andar de nuevo, Dawes y Limy se le acercaron. El primero le cogió por las solapas de la chaqueta, y antes de que ninguno de cuantos salían detrás pudiera evitarlo, le golpeó de una manera salvaje sin que Bixy hiciera nada por repeler la agresión. Fue preciso que Budy saliera del auto, seguido por la rubia, y echara a un lado a Dawes, quien pateaba furiosamente el cuerpo y la cara del joven.

—¡Quita, animal! ¡Largo de aquí, y que no vuelva a verte en mi vida! Si no sabes valerte de los puños como los buenos…

—Tampoco él los empleó así conmigo —rugió, descompuesto por la ira, Dawes.

Budy se le quedó mirando fijamente, y Dawes retrocedió como si hubiera tropezado con un muro de hormigón, a la vez que Limy le tiraba de la manga de la chaqueta. Los dos desaparecieron por la calle Doce, con dirección al puerto, mientras Budy, ayudado por unos cuantos de los que salían, transportaba el cuerpo de Bixy al

interior del auto, acomodándole en el asiento entre él y la rubia. Se cerró la portezuela con un seco chasquido, y zumbó el motor al ponerse el coche en marcha. Lejos ya, rodando por Roosevelt Road, abrió Bixy los ojos para encontrarse con unos verdes que le contemplaban risueños y cargados de curiosidad.

—¡Vaya, amigo, parece que ya despierta!

Se llevó la mano a la cara pero otra mano, la de ella, se le adelantó con un fino pañuelo con el cual le enjugó la sangre que le corría por un corte que tenía en la frente. La voz de Budy hizo que Bixy dirigiera hacia él la vista.

—¿Por qué se ha dejado pegar, muchacho? No me lo he explicado aún, ni Eva tampoco. ¿Qué le ocurrió al salir?

Negó él con la cabeza al tiempo que se encogía de hombros.

—No podría decirlo. Solo sé que… Hizo un gesto de pena infinita, y las pupilas se le anegaron de lágrimas.

Eva se inclinó para verle y abrió los ojos, sorprendida. Preguntó:

—¿Está llorando?

Bixy realizó un esfuerzo hasta conseguir reír. Una mueca se dibujó en su boca, y guilló un ojo a la rubia:

—¡Bah, no haga caso, nena! Es que… ¿sabe? no pude nunca suponer que, al despertar lo iba a hacer en compañía de angelitos.

Budy le golpeó la espalda con fuerza, palmeándole.

—¡Eso está bien, muchacho; eso está bien! ¿Cómo se llama?

—Bixy.

—Bixy, ¿qué?

—Bixy nada más; claro que en el gimnasio me conocen por Bixy «Sot».

—¿Bixy «Sot»? —se volvió a la rubias—. Tiene gracia, Eva: tonto. ¿Qué te parece si no llega a serlo?

Cambió ella una mirada con Budy, y la bajó para contemplar a Bixy. Este había dejado caer la cabeza hacia atrás y tenía los párpados cerrados, pero, a través de las pestañas, le pareció a la rubia que brillaban pequeñas gotitas que iban resbalando lentamente por las curtidas mejillas del joven.

CAPÍTULO II

Sacudió la mano en el aire para quitar la ceniza al cigarrillo, y se echó hacia atrás en la silla donde se sentaba. La orquesta terminaba de inicial los compases de un mambo, y varias parejas se lanzaron a la pista dispuestas a bailar. Una mano se apoyó en su hombro.

—¿En qué piensas, Bixy?

Se volvió. Eva le sonreía a través de las pestañas. Ella tomó asiento a su lado.

—¿En qué quieres que piense, cielo? En ti.

—Si supiera que es verdad… —murmuró suave.

—¡No me digas, pimpollo! Llegaría a creérmelo.

—¿Por qué no?

—Pues… por la misma razón que tres y dos no suman siete, ¿sabes?

Clavó en ella la vista. Llevaba puesto un vestido de terciopelo chifón drapeado, ajustado del todo hasta delinear completamente su arrogante figura. Los hombros y los brazos los llevaba desnudos, y el pecho se agitaba rítmicamente. Desvió la mirada al tiempo que ponía los ojos en blanco.

—¡Caray, estás que tumbas!

—¿Te gusta, mi vestido?

—¿Tu vestido? Aun no me he fijado en él, Santa.

—No me llames Santa.

—¿Por qué no? Te veo, te admiro, y no me atrevo a tocarte. ¿Te parece poco?

—Lo que me parece es que, si no te atreves, no lo haces por mí. ¿Tanto miedo tienes de Budy?

—Pues… ¡no sé qué decirte, la verdad! Budy es un buen jefe y…

—¡Bah! Estoy harta de oír siempre lo mismo. Si tú quisieras…

—¡Cálmate, Santa; cálmate! No tienes motivos para decirme lo que piensas en este momento. Al fin y al cabo, no soy nadie para que me mires de ese modo. Hay muchos que no me quitan la vista de encima, y no tengo ganas de liarme a tiros con ellos.

—No veo por qué.

—¿No? Pues oye, rica; si llegara a hacer eso que pensabas, el primer tipo que pusiera en ti los ojos le iba a dejar como la cebolleta de una ducha: lleno de agujeros.

—¿De verdad, Bixy?

—Aparta, cielito; el dulce es mi debilidad, y tú eres un bombón de crema. ¿No tienes nada que hacer?

—Sí: estar contigo.

—¡Ah, pues eso no! Me voy... ¡y allá te las compongas!

La mano de Eva le detuvo en el momento que intentaba levantarse de la mesa.

—Espera aún; ¿no quieres bailar conmigo?

Él hizo un gesto vago.

—Bueno.

Salieron a la pista. Varios rostros se volvieron penetrantes, y las miradas se tornaron inquisitivas y penetrantes. Ella se ciñó al cuerpo de Bixy. Durante unos minutos, bailaron en silencio, Preguntó de pronto:

—¿Puedo saber lo que piensas de mí?

El joven se la quedó mirando. Sonrió unos segundos antes de responder:

—¿De ti? No es nada fácil lo que me pides, Santa.

—¿Quieres dejar de llamarme por ese nombre?

—Y tú ¿quieres dejarme en paz?

Los ojos de ella relampaguearon.

—No sé por qué me preocupo por ti, Bixy; verdaderamente nunca me había ocurrido lo mismo con otro.

—¡Bah! Lo que sucede me lo sé de memoria. Te has encaprichado conmigo como podías haberlo hecho con un lulú.

—¿No crees en mi cariño?

—Sí, desde luego, en tu cariño, sí; lo que pasa es que ni tú misma sabes dónde se encuentra.

Entornó Eva los párpados, y rechinó los dientes. Alzó la cabeza para mirar al joven a los ojos, y al ver la expresión que estos tenían se apretó contra él, musitándole al oído:

—Y tú, ¿no lo sabes?

Se desprendió de ella con suavidad, y se la quedó mirando con la sonrisa en la boca.

—Oye, guapa: cuando lo haya averiguado te lo diré aunque no me lo preguntes, pero... hasta entonces, mejor será para los dos que lo ignoremos. ¡Mira! Ahí viene Budy; ¿qué te parece si lo dejamos?

Sin esperar contestación le brindó el brazo, y, al comprobar que ella no se cogía de él, abandonó la pista para salir al encuentro de Budy. Este les había visto ya, y sorprendió igualmente el gesto de Bixy. Sonrió de una manera extraña, y se adelantó al joven con la mano extendida. Le acompañaban dos tipos más, a quienes «Sot» no había visto aún.

—¿Qué, Bixy, matando el tiempo?

—¡Pchs! No del todo. Reconozco que hago lo que puedo por conseguirlo, pero no lo he logrado plenamente. ¿Todo bien?

—De perlas. Hasta ahora, ¿qué le parece la vida?

—Una tarta, jefe; nunca pensé que me pudiera adaptar tan fácilmente como lo he hecho.

—¿Echa de menos su otra vida anterior?

—Pues… ¿qué quiere que le diga? Entre estar lleno de grasa, vistiendo un mono, y pasarme el día agarrado al volante de un camión… me parece mentira verme aquí, como un señorito, disfrutando a lo grande. Hay veces que me siento en una silla y no sé cómo ponerme para que no se me arrugue el traje que llevó. ¡La costumbre digo yo que será!

—No tardará en hacerse a ella, Bixy. Bueno, le voy a presentar a estos amigos —señaló a uno de ellos—: Este es Elk —y añadió, indicando al otro—: Y este es John —se volvió a estos para decir—: El chico se llama Bixy «Sot», y lo encontré, como os dije antes en el gimnasio de la calle Doce, en el momento que propinaba una paliza a Dawes. Me gustó su «forma», y le propuse que cambiara de oficio. ¡Bien! El hecho es que está aquí, y lo demás son pamplinas. ¿Qué os parece si tomáramos algo para celebrar el encuentro?

Elk y John se encogieron de hombros, sin responder, y Budy, seguido de Eva y de Bixy, se dirigió al bar del «dancing». Ya en él, se volvió a la rubia.

—¿Te ocurre algo, nenita? No parece que estés muy contenta hoy.

Ella se apoyó en su brazo sonriéndole.

—Te equivocas, Budy: estoy contenta.

—¡Vaya! Lo celebro. ¿Qué vas a tomar?

—Un «highball».

Hizo él una seña al *barman,* y en el momento en que consultaba con la vista a Bixy para saber lo que este bebería se le aproximó, un camarero.

—Perdone, señor.

—¿Pasa algo, Barrie?

El camarero torció la boca, y sus cejas se arquearon.

—No creo que sea nada pero…

—Sigue.

—Hay un tipo que no me gusta.

—¿Cuál es?

—Aquel que está sentado junto a la orquesta, a nuestra derecha precisamente. ¿Lo ve, señor? Es aquel que ahora se lleva la copa a

los labios.

—Bien, ¿qué te dice ese tipo?

Volvióse a torcer la boca de Barrie.

—No sé si estaré seguro pero... me parece haberle visto en alguna parte y...

—¿Quieres terminar de una vez? ¿Dónde le viste?

—Fue uno de los que me atraparon, creo cuando aquel lío... Budy le hizo un disimulado gesto para que no siguiera.

—¡Calla! —Esperó un segundo, y continuó—. Termina de mirarnos en este instante, y estoy por asegurar que tienes razón. Sigue tu camino mientras pienso la forma de desembarazarnos de él. No me gusta que me vigilen.

—¿Me encargo de «asegurarle», jefe?

—No; tú, no; haz lo que te he dicho, y avisa a los demás para que estén preparados.

Barrie se alejó silenciosamente, y Bixy bostezó al tiempo que se llevaba la mano a la boca. Dijo, sin darle importancia:

—Oiga, Budy: Si continúo en este tren de vida, voy a terminar por apolillarme y, ¡la verdad! no se ría de mi agrado. Deje que me encargue yo de ese polizonte y, por lo menos, pasaré un rato divertido.

Hizo una leve inclinación de cabeza a la rubia, y sin aguardar la contestación se volvió de espaldas, encaminándose negligentemente al encuentro del hombre indicado por el camarero. No se dirigió a él en línea recta sino que por el contrario, dio unas cuantas medias vueltas en zigzag, hasta llegar a la mesita que aquel ocupaba. Cuando se encontró a su altura pareció cambiar de idea y le volvió la espalda para, acto seguido girar precipitadamente dirigiéndose al estrado de la música tropezando con él al intentar sortearle. El empujón fue lo suficiente brusco para que el hombre que se hallaba sentado estuviese a punto de caer. El contenido de la copa se vertió y parte del líquido se le derramó encima. Se alzó de la silla con violencia.

—¡Podía tener cuidado!

Bixy le contempló un segundo. Pareció qué reparaba en él en aquel instante y que le hacía gracia la situación. Replicó incisivo:

—Y usted, ¿qué? ¿No podía haberse colocado en otra parte?

—Estoy en mi mesa. ¿Dónde tiene los ojos, joven?

—Supongo que donde deben estar. ¿Y usted? ¿Qué hace con la birria de los suyos?

—¡Oiga, oiga!

—¡Bah! Mejor será que se siente y esté calladita. No me explico

como un tipo como usted se atreve a salir de casa Sin anunciarse antes por la radio. ¿Sabe su mamá dónde se encuentra?

—Me parece que le voy a tener... Bixy no le dejó concluir. Hizo un gesto despectivo y exclamó, al tiempo que iniciaba la retirada:

—¡Cállese ya! No quiero nada con gallinas.

Aquel alargó la mano para detenerle. El joven se volvió con la velocidad de un relámpago, y su derecha golpeó con fuerza en la mandíbula que avanzaba hacia él. El hombre se tambaleó, y hubiera caído de no tropezar en una mesa próxima. Se repuso al instante, respondiendo al ataque de Bixy, pero no pudo evitar que el joven repitiera el golpe, derrumbándole estrepitosamente. Al ver que intentaba levantarse de nuevo se arrojó sobre él, y durante un rato se debatieron ambos en el suelo. La orquesta había dejado de tocar, y los bailarines se agruparon alrededor de los contendientes, presenciando la pelea. Antes de que los empleados del local tuvieran tiempo de intervenir, Bixy aprovechó la ocasión para sisear al oído del hombre que con él luchaba:

—Bien está, Dane; te han descubierto y es preciso que te largues pronto. ¿Querías algo?

—Sí. Los tipos que están con Budy son los que asesinaron al comandante.

—Gracias.

Dieron unas vueltas abrazados, sin dejar de golpearse, hasta que les separaron los camareros. El joven se alzó sonriente, y apostrofó a su rival al tiempo que se sacudía la ropa:

—¿Qué tienes que decir, gallina?

Aquel hizo un esfuerzo por libertarse de quienes le sujetaban pero eran muchos y no lo consiguió. Se alzaron voces de protesta. Bixy volvió a sonreír mientras se arreglaba el lazo sin prestar atención a las miradas que se fijaban en él. Luego se dirigió al director de orquesta calmosamente.

—Oiga amigo: ¿quiere repetir el mambo de antes?

Dio las gracias con una sonrisa al ver el afirmativo gesto del músico, y retrocedió, encaminándose al bar, por entre el grupo formado por los bailarines.

Al llegar a él, tuvo ocasión de oír a Budy decir a los que le acompañaban:

—¿Qué os ha parecido el chico? Bien, ¿no?

Se hizo el desentendido. Elk y John cambiaron una mirada, y Eva le acarició con la suya. Budy se le aproximó, brindándole una copa.

—¿Hace un «Schenley», Bixy? Creo que no le sentará mal para

recobrar fuerzas.

Cogió la copa y se la llevó a los labios. Por él rabillo del ojo vio a Dane abandonar el local, seguido por los camareros. Apuró la copa, y se acodó en la barra. Budy se le aproximó.

—¿Cómo van esos nervios?

—Bien. No los he tenido nunca.

—Lo creo.

Se volvió a mirar a Eva.

—Oye, nenita: ¿qué te parecería si te dejáramos? Esbozó ella un gesto de contrariedad.

—¿No puedo ir con vosotros?

—Te aburrirías mucho. Mejor será que no lo hagas.

Tocó en el hombro a Bixy, y miró significativamente a Elk y a John, Juntos abandonaron el bar. Segundos más tarde, en un coquetón despacho y sentados en amplios butacones, Budy comenzó, tras expeler el humo de su cigarrillo:

—Bien, muchacho. Trabajando conmigo, las oportunidades no faltan para los que saben despabilarse a tiempo. ¿Qué le parecería si le ofreciera diez de los grandes?

Bixy silbó durante unos segundos.

—¿Ha dicho diez?

Sonrió, Budy, como respuesta.

—Por diez «papiros» soy capaz de darle una paliza al Presidente. ¿Qué hay que hacer?

Aquel se echó hacia atrás en el asiento, sin dejar de sonreír al joven.

—Nada que no sea fácil. Es un «trabajo» sin importancia y sin riesgos apenas. Todo se reduce a saber obedecer, y a tener la lengua quieta si llegara la ocasión. ¿Comprendido?

—Más claro que la luz. ¿Qué más?

Budy volvió los ojos a Elk, y después a John. La mirada que se cruzaron fue breve y significativa.

—Se trata de lo siguiente: Estos amigos necesitan ayuda para llevar a efecto el «trabajito» de que hablaba. La misión que pienso darle es corta y se reduce, simplemente, a que esté a determinada hora y en cierto lugar esperándoles. ¿Le parece mucho?

—¡Si no es más que eso…!

—Nada más.

—¿Y ha dicho que me dará…?

Volvió a afirmar Budy con la cabeza.

Bixy se llevó su cigarrillo a la boca, y entornó los ojos. Preguntó sin aparentar interés:

—¿Dónde tengo que estar, y cuándo?

—Se le dirá en el momento oportuno.

Se alzó Budy del asiento, dando por terminada la charla. Antes de salir del despacho, preguntó al joven:

—¿Qué opinión le merece el «Nash»?

Se le quedó mirando.

—¿No querrá decir el «Nash 600»?

—Exactamente ese. ¿Lo conoce?

—¿Qué si lo conozco?... ¡Toma, toma! Tuve en una ocasión uno, y aun me relamo cada vez que me acuerdo. ¡Menudo coche! Aerodinámico; con carrocería y chasis de acero soldado, extra fuerte; resortes tipo espiral en las cuatro ruedas; cama doble, convertible, automática, y asientos para seis. ¡Una verdadera maravilla de auto!—. Se detuvo un segundo, perplejo, y arqueó una ceja.

—¿Es que voy a conducir un «cacharro» de esos?

Budy le contempló fijamente.

—De ello se trata.

El joven torció el gesto.

—Ya me parecía que no iba a estarme siempre haciendo vida de príncipe.

—No me ha entendido, Bixy; conducirá el «Nash» solamente en determinadas circunstancias pero... luego, seguirá la vida que ahora lleva. ¿Tiene algo que decir?

El joven desarrugó el ceño, y los ojos le brillaron.

—¡Ah, siendo así... conforme! Es que, ¿sabe? estoy harto de oler a gasolina.

—Lo comprendo.

Salieron fuera. Ya en la sala del *dancing* y al tiempo que se dirigían al bar, preguntó de nuevo Budy:

—¿Qué va a hacer, ahora?

—¿Ahora? Pues... no lo sé. Posiblemente me siente en una mesa a escuchar la música.

—Mejor será que no lo haga y se acueste. Si le necesito, le llamaré por teléfono. Digo esto, porque es conveniente que se encuentre a punto cuando le avise.

—Bien, en ese caso...

Se despidió con un gesto, y atravesó el salón. Llegaba al guardarropas para recoger el sombrero y el gabán, cuando Eva se le cruzó en el camino.

—¿A dónde vas, Bixy?

—A casa, encanto. Tengo un dolor tan grande de cabeza, que se

me sale por los oídos. ¿Quieres que te lo preste, a ver si se encuentra mejor en la tuya?

—¿No sabes decir más que tonterías?

—¡Bah, qué quieres! Las chicas como tú, no hacen caso de ellas.

La rubia le apuñaló con la mirada.

—¿Te acompaño?

—No; eso no. Budy ha preguntado por ti hace un momento y...

—¡Que se vaya al infierno, Budy!

Bixy sonrió a Eva y le aplicó el índice a la barbilla, levantándosela.

—¿Quieres que te diga una cosa? El mejor día voy a tirar «pa alante» y ¡ay del que se ponga por medio!

Apartó el índice, y siguió andando. Ella le sujetó, volviendo a detenerle.

—Oye, Bixy: voy a decir a Budy que no me encuentro bien, y te esperaré en mi apartamento. Sabes dónde vivo, ¿no?

Él echó a andar, mirándola de soslayo.

—¡Claro que lo sé, preciosa! Lo que tú no sabes es que me disgustaría el que perdieras la noche por mi culpa. Tengo tanto sueño, que no sabría qué hacer contigo.

Sonrió burlonamente al terminar, y continuó andando mientras Eva se mordía los labios de coraje.

* * *

Se restregó los ojos. El timbre continuaba sonando estrepitosamente. ¿Cuánto había dormido? Se tiró de la cama, dirigiéndose a la salita, y descolgó el auricular. Gruñó más que dijo:

—¿Quién?

En el acto se despabiló por completo. La voz que le hablaba le recordó algo que había olvidado en sueños, pero que ahora le volvía a la realidad brutalmente, como si acabaran de despertarle echándole un cubo de agua fría.

Escuchó durante unos segundos con los cinco sentidos alerta, y de pronto sintió frío en los pies. Se había tirado de la cama, descalzo.

Murmuró, asintiendo a la indicación que le bacía la voz que oía a través del micro:

—Sí, sí, comprendido del todo.

Aquella, le dijo:

—Se lo repetiré otra vez, Bixy, no quiero que lo interprete mal por mi culpa.

Y luego:

—Son ahora las seis; a las siete y cinco se encontrará en la esquina de la calle Palmer con la Avenida Cícero; ni un minuto después ni un minuto antes. Verá un coche parado junto a la acera. Es el «Nash». La portezuela derecha estará abierta y, en la bolsa correspondiente, las llaves del auto. Métase dentro y condúzcalo hasta el 57 de la calle Treinta y Uno. Procure no llegar allí hasta las siete y veintidós y, si no ve nadie a la puerta, siga calle abajo controlando el tiempo para volver a pasar por el mismo número a las siete y veinticinco. Eso es todo. Ellos estarán allí. De lo contrario... vuelva a dejar el coche donde se lo encontró, procurando hacerlo antes de las ocho. Creo que no me olvido de nada. ¡Ah, sí! ¿Tiene su reloj a mano?

—Espere un momento.

De dos zancadas llegó a la mesilla de noche, recogiendo el reloj de pulsera. Volvió con él donde se hallaba el teléfono, y tomó de nuevo el auricular.

—Dígame.

—¿Qué hora tiene?

—Las seis y cuatro.

—Ponga su reloj a las seis y dos. ¿Lo ha hecho ya?

—Ya.

—Entonces, listo. ¡Buena suerte!

Colgaron. Bixy lo hizo también, permaneciendo no obstante durante unos segundos contemplando el reloj de pulsera que tenía en la mano. Se lo ajustó a la muñeca, y permaneció unos segundos más esperando. De pronto cogió el receptor de nuevo, y marcó un número.

—Oiga: Evelyn al habla.

Se oyó un sordo rumor al otro extremo del cable, y a poco una voz que contestaba:

—Diga, Bixy.

—La cosa marcha, jefe; hoy, a las siete y veintidós, en el 57 de la calle Treinta y Uno. Estarán allí, quizá antes, Elk y John. No sé de qué se trata. ¿Qué hago?

—Obedezca, Bixy; no se preocupe.

—Conforme.

—¿Ha dicho en el 57 de la calle Treinta y Uno?

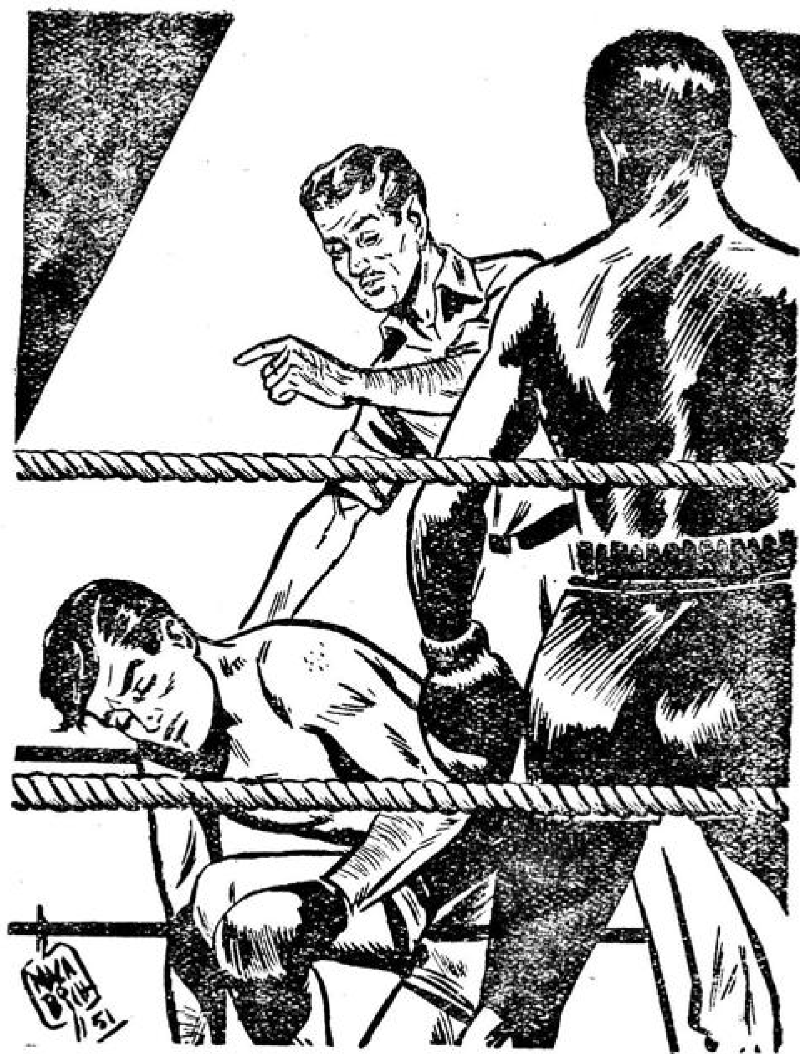
—Sí.

—De acuerdo.

Se oyó el clip del auricular al ser colgado, y el joven lanzó un suspiro de satisfacción. Instantes después, se hallaba en el borde de

la cama, calzándose. A medio vestir se detuvo de pronto para prender fuego a un cigarrillo y para consultar la hora. Era pronto aun. Metió la mano debajo de la almohada, y sacó una automática que examinó durante unos segundos. Titubeó antes de dejarla en el cajón de la mesita de noche. Despacio, comenzó a vestirse, mientras silbaba. Los ojos le brillaban al parecer de entusiasmo y continuamente miraba la esfera luminosa del reloj, anhelando que las manecillas fueran más deprisa en su marcha.

Cuando se halló vestido por completo, paseó durante unos minutos. Iba de un lado a otro del cuarto, pensativo, fumando sin cesar y, sin cesar también, mirando a través de los cristales del balcón la escasa claridad que entraba por ellos. El tiempo se le hacía largo. Fumó incansablemente. Su impaciencia iba en aumento, hasta el punto de que no pudiendo aguantarla más, se decidió a salir a la calle cuando aún faltaba bastante para la hora señalada.



Uno, dos, tres, cuatro...

Al encontrarse fuera respiró a pleno pulmón el aire puro de la madrugada, y echó a andar por la acera a pasos lentos, caminando despreocupadamente con las manos metidas en los bolsillos. Anduvo así largo rato, hasta que al consultar una vez más la hora en el reloj, consideró que era llegado el momento de acercarse al lugar de la cita. Por Logan Square enfiló la calle Palmer, fijándose al hacerlo en los transeúntes que se le cruzaban. Estos eran escasos

aún, y parecían adormilados. De pronto achicó las pupilas. Terminaba de ver un auto cruzar la Avenida Cícero y detenerse en la esquina misma de la calle con la Avenida citada. Instintivamente consultó la hora. Eran las siete y cuatro. El misterioso conductor del «Nash» no había desperdiciado su tiempo, y acudía a la cita en el momento justo. Ganas le dieron de apresurarse por si podía verle, pero se dijo que quizá aquello le perjudicara, y se abstuvo de intentarlo.

Midió la distancia que le separaba del coche. Tardaría en recorrerla justamente el minuto que faltaba. Continuó andando sin apresurarse, y al llegar al auto se dirigió a él como la cosa más natural del mundo. Tiró de la manija de la portezuela, y esta cedió, abriéndose. Se introdujo en el auto, acomodándose en el *baquet*. Entonces miró a un lado y a otro. Nadie. En los alrededores de la finca ante la cual el «Nash» se detuvo, no se veía ni un alma. Cerró la portezuela, y metió la mano en la bolsa. Efectivamente: las llaves se encontraban allí. Hizo el contacto y zumbó el motor. Segundos más tarde el «Nash», hábilmente, rodaba por la Avenida Cícero abajo.

Bixy, sin dejar de conducir, consultaba la hora en su reloj con el fin de ser puntual en llegar al sitio. El auto respondía magníficamente. Apenas si hacia ruido alguno, y se deslizaba por el asfalto con un imperceptible zumbido del motor, que Bixy comprendió se encontraba en inmejorables condiciones.

Se metió por la calle Veintidós, y torció por la Avenida Diecisiete enfocando la calle Treinta y Uno. Al llegar a esta, aminoró la marcha, fijándose por el parabrisas del coche en la numeración de las casas que iban pasando. 39, 41, 43, 45... Miró de nuevo el reloj. Las manecillas apuntaban las siete y veinte. Ya faltaba poco. 47, 49, 51... Se reconvino interiormente al comprobar que se iba poniendo nervioso, y realizando un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió dominarse. 53, 55, 57... Aquella era la puerta que le indicaron. Arrimó el auto a la acera, haciéndole ir con la máxima lentitud, y al pasar frente al negro hueco de la mencionada puerta, miró un segundo. Nada. No había nadie allí. Prosiguió la marcha, torciendo un poco la dirección con el fin de ir por el centro de la calzada.

¿Qué habría ocurrido? Algo no marchaba bien del todo. De paso que se alejaba calle arriba, miraba a un lado y a otro de la amplia calle. No se veía a nadie por ella. Comprobó la hora. Las siete y veintitrés. Aceleró, con el fin de llegar al final pronto para dar la vuelta. Precisaba volver a pasar por el mismo sitio dentro de dos minutos. Realizó una pequeña maniobra en el extremo opuesto de

la calle, y a las siete y veinticinco en punto volvía a pasar frente al número 57. En aquel instante, dos figuras se destacaron en la puerta. Frenó el auto, y esperó con el motor en marcha. John y Elk se le acercaron cruzando la calle con cierta premura, aunque sin dar muestras de precipitación. En el momento que abrían la portezuela para entrar, se oyó el agudo pitido de una sirena. Elk entró rápidamente, y John se acomodó junto a él en los asientos posteriores.

—Vamos, Bixy, ¡pronto! —apremió el primero, con metálica voz —. Pisa a fondo.

El joven lo hizo, al tiempo que se volvía a mirarles.

—¿Qué ha pasado? —interrogó, fijándose en las demacradas facciones de los dos tipos.

—El demonio que se ha metido por medio cuando menos falta nos hacía. ¿No oyes esa sirena?

Afirmó él, sin moverse, mientras pisaba el pedal de embrague.

—Tuerce por la primera calle que veas, y sigue hasta que te avisemos.

Elk se revolvió en el asiento para mirar por la ventanilla posterior, y Bixy le oyó lanzar una exclamación de cólera.

—¡Malditos sean! Más deprisa, tú, John, prepara las armas, y no dispares hasta que nos veamos obligados a ello. Antes, probaremos a despistarles.

Se inclinó hacia adelante en el asiento.

—Oye, muchacho —dijo a Bixy—. Un coche patrulla se nos viene encima, y es necesario que nos libremos de él. ¿Es que no sabes conducir?

El joven apretó los dientes, y miró por el espejo. Efectivamente, un «patrulla» terminaba de aparecer al extremo de la calle Treinta y Uno, deteniéndose un segundo al llegar frente al número 57, para dejar que dos hombres saltaran al suelo. Les vio correr con dirección a la puerta, mientras el coche aumentaba de velocidad y la sirena continuaba con sus agudos pitidos.

Bixy dobló la Avenida Lagrange a una velocidad de vértigo. La alarma estaba dada. Dijo, sin soltar el volante, por encima del hombro:

—¿Tenéis una pistola para mí? Puedo disparar y conducir a la vez.

—¡Bah! Cuídate de que no nos demos un coscorrón, y no te preocupes por nosotros. Aun no nos han pillado.

Por la Avenida Lagrange hizo correr al «Nash» romo si fuera un auto de carreras. El coche patrulla se echó tras ellos, y Bixy oyó el

ruido de cristales rotos. Elk acababa de romper los de la ventanilla posterior, y metía por el hueco el cañón de su pistola provista de silenciador, dispuesto a hacer fuego.

Por dos veces lo hizo, mientras Bixy dejaba lanzar por el tubo de escape ensordecedoras explosiones.

Una bala zumbó junto a su oído.

—¡Parece que afinan!

Elk rezongó algo, y John disparó a su vez. Les contestó una ráfaga de pistola ametralladora, y John lanzó un rugido de dolor, a la vez que se oprimía un brazo.

—¡Pronto, Bixy! Para en el primer bar que encuentres —gritó Elk—. Cualquiera de ellos tiene puerta de escape en estos barrios, y no nos será difícil escabullimos por ella.

—¿Qué os parece el «Wivel»?

—Vale. Date prisa; y frena en cuanto lleguemos. John está herido.

El joven aceleró más aún la marcha. Miró por el espejo retrovisor. El «patrulla» no había logrado disminuir la distancia pero mantenía la misma velocidad, y los hombres que lo ocupaban no dejaban de hacer fuego. La sirena del coche patrulla atronaba la calle, y los escasos transeúntes se pegaban a las fachadas o se metían en los portales. Un silbato sonó a lo lejos, por el cruce de la Avenida Norte.

Bixy arrimó el «Nash» a la acera, y al llegar frente a un bar, cuya muestra correspondía al título de «Wivel», frenó bruscamente, al tiempo que abría la portezuela y saltaba al suelo; Elk y John le siguieron al instante. El coche patrulla aguzó el pitido de su sirena, y los hombres que iban dentro dejaron de disparar con el fin de no causar víctimas inocentes.

Seguido de Elk y John, Bixy se metió en el bar, franqueando sus puertas con rapidez. Un empleado se le cruzó en el camino al ver que uno de los hombres, John, se sujetaba con fuerza el brazo herido. Elk le puso delante el cañón de su pistola, a la vez que amenazaba con ella a los dependientes del mostrador y a los contados clientes que se hallaban en la barra.

—Ojo, muchachos. Al primero que se mueva, le hago una criba.

Bixy, al darse cuenta de que el empleado que se les puso delante trataba de hacer o decir algo, se apresuró a atizarle un formidable gancho de derecha que le hizo caer de espaldas. Se volvió admirar a Elk, al tiempo que este le empujaba con la mano, indicándole el camino.

—Bien está, muchacho. Sigue por ahí con John mientras os cubro. ¡Vamos! Darse prisa antes de que se nos echen encima los lobos que nos siguen.

El joven apretó el paso seguido de John y de Elk, metiéndose por un estrecho pasillo. Iba a franquear una puerta, cuando se tropezó con uno de los camareros.

—¡Eh; a dónde van!

Le cogió por las solapas, sacudiéndole mientras lo empujaba a un lado.

—¡Cállate, imbécil!

Ganaron la puerta de salida. Yendo a parar a una estrecha callejuela. Bixy se detuvo unos instantes, y de pronto, al ver un auto estacionado cerca, echó a correr. John y Elk le siguieron. A espaldas de ellos se oía un confuso rumor. En el momento que Bixy abría la portezuela del auto, se dio un encontronazo con una preciosa joven que iba a salir en aquel momento. La empujó, haciendo que ella volviera a caer sentada frente al volante.

—Un momento, guapa; tenemos que hablar los dos.

—Oiga; ¿quiere salir de mi auto?

Pero ya Bixy la había empujado de nuevo, sin contemplaciones, y Elk y John se introducían por la parte de atrás. El primero de ellos sujetó a la joven, al ver que esta hacía intención de apearse por la otra portezuela.

—¡Quieta, niña; no estamos para bromas!

Bixy puso el motor en marcha, y cuando iba a pisar el acelerador, un auto apareció en el extremo de la calleja. Hizo dar la vuelta al coche tratando de salir por el extremo opuesto, pero un nuevo auto les interceptó el camino.

Elk echó mano a la pistola.

—¡Zúmbale, Bixy! Trataremos de salir, aunque sea pasándole por encima.

De pronto, la joven se movió con inusitada rapidez, y antes de que Bixy pudiera impedirlo, torció la dirección del volante, haciendo que el auto enfilara el encintado. Una rapidísima maniobra de Bixy evitó que se estrellaran contra el muro de la casa vecina. Cuando quiso enderezar la dirección, era ya tarde. Tres hombres acababan de salir por la puerta del bar, y se dirigían a ellos con las pistolas amartilladas, a la vez que de los autos que obstaculizaban la calleja brotaban nuevos hombres, todos ellos empuñando armas.

Elk trató de disparar, pero John le detuvo.

—No adelantaremos nada con eso; lo mejor es dejar...

—¡Idiota! ¡Qué va a ser mejor!

Trató de disparar de nuevo, pero John le arrebató el arma.

—No seas imbécil; ¿es que quieres que nos «frían»?

Tiró la pistola por la ventanilla del vehículo, en el momento que un grupo de policías se les aproximaba. Uno de ellos abrió la portezuela de golpe.

—¡Fuera todos! —encañonó a Elk, quien rechinaba los dientes de coraje—. Tú, sube las manos y procura mantenerlas bien altas. No me gustaría desperdiciar la pólvora.

Bixy, en tanto, con las manos en el volante, contemplaba los ojos interrogadores de la joven que se sentaba a su lado. Era una preciosa morena, cuyos labios se fruncían en un gesto duro, sin dejar de fijar en él la vista.

—¡Vaya! —dijo—. Parece que no nos han dejado tiempo para hablar.

Ella le contempló despectiva, al tiempo que le examinaba fríamente. Era Bixy o se lo pareció a ella, bastante joven... quizá de veinticinco o veintisiete años...; su contextura era atlética, y sus modales agradables en cierto modo. Las manos las tenía limpias y cuidadas, y los ojos eran claros. Únicamente el mentón agresivo le daba un toque de audacia que parecía desmentir la infantil sonrisa de su boca. Antes de que hubiera podido contestarle, un policía abrió la portezuela, al tiempo que encañonaba a Bixy.

—Bueno, amigo; ¿quieres apearte solo, o necesitas que te ayuden?

—No es preciso, nene; sé hacerlo solo.

—¡Hola! Tú eres nuevo, ¿verdad?

Bixy le contempló fijamente, a la vez que miraba por el rabillo del ojo a Elk y a John. Estos dos se habían apeado ya, y los policías procedían a ponerles las esposas. Dando la espalda al policía que le apuntaba, se volvió a la morena.

—Bien, encanto, creo que no tengo nada que decirle por el momento.

Iba a cerrar la portezuela, cuando el mismo policía que le apuntaba se lo impidió.

—¡No, no, no! También la chica vendrá con nosotros. Así nos divertiremos por el camino.

El joven se volvió con rapidez.

—Escucha, nene: esta señorita no tiene nada que ver con…

—¿Quieres callarte?

El policía había arrugado el entrecejo, y contemplaba a Bixy de una forma amenazadora.

Hizo una seña a la morena, apuntando hacia ella la punta del mentón.

—Sal tú también, cielito; no irás a consentir que tus amigos vayan solos.

Entonces pareció que la joven recobraba el habla. Clavó la mirada de sus negros ojos en el policía.

—Me llamo Judy Wald. ¿No le dice nada mi apellido?

Silbó el policía.

—Conque Wald, ¿eh? ¿No irás a decirme…?

—Precisamente lo que supone: mi padre es el comisario del distrito.

—¿Sí? Pues veremos lo que dice cuando te vea, monada; no creas que voy a dejarte ir por eso.

Bixy achicó las pupilas.

—¿No te parece, nene, que no eres muy cumplido que digamos? He dicho que esta señorita no tiene nada que ver con nosotros, y es verdad. ¿No lo has oído antes?

La pistola del policía se le clavo en un costado, a la vez que este apretaba las mandíbulas.

—¡Cállate! He dicho que la chica irá con nosotros, y no hay más que hablar. Ahora, Cuidadito con las manos mientras te pongo la «pulsera».

Hizo un gesto a uno de los que se hallaban junto a él,

advirtiéndole:

—Cuídate tú de la chica.

Bixy tensó los músculos. Antes de que el policía hubiera podido adivinar sus intenciones, le golpeó en la mandíbula, al tiempo que le retorcía el brazo haciéndole soltar el arma. El policía cayó hacia atrás, y Bixy sintió que algo duro le golpeaba por detrás en la nuca. Cuando se incorporó, tenía las esposas puestas, y el policía atacado por él le contemplaba con los dientes prietos. Le empujaron rudamente hacia uno de los coches patrullas. Detrás iba Judy entre dos policías más, luchando por librarse de los brazos que le sujetaban.

Juntos penetraron en el vehículo, acomodándose al lado de Elk y John. Los ojos del primero centellearon al verle. Comentó:

—Buen puñetazo, Bixy; ¡lástima que no haya servido de nada!

Uno de los policías le golpeó en la boca de revés.

—¡Cierra el pico! Ya hablarás cuando te toque el turno para hacerlo.

Zumbó el motor del auto. Salieron de la calleja seguidos por el otro «patrulla» a corta distancia, mientras los espectadores se manifestaban en las puertas de los edificios o de los establecimientos públicos. Bixy se volvió al policía a quién hacía poco terminaba de golpear.

—¿Qué, nene; no tienes para mí un cigarrillo?

—Te lo daré cuando te vea en la «parrilla», ¿quieres? —sonrió burlón antes de añadir—: En el supuesto de que no tengas bastante fuego entonces.

El joven sonrió a su vez antes de dirigir la mirada a Judy, quien parecía más encolerizada que antes. Dijo a esta:

—La verdad, guapa: ¿Creía usted que estos tipos de la policía eran simpáticos?

Ella se le quedó mirando un segundo antes de contestar:

—No. Efectivamente, no supuse nunca que fueran tan «simpáticos», de la misma forma que no creí tampoco que usted fuera «tan hombre».

—Gracias, vidita; me acordaré de ello para la próxima vez que nos encontremos.

—Que ya habrá llovido de largo para entonces— comentó, con zumba, el policía—. Eso… en el supuesto de que salgas.

La sirena avisó con su pitido al llegar a un cruce, y los dos autos patrullas aceleraron la marcha, mientras el guardia de la circulación detenía al tráfico para dejarles el paso libre.

CAPÍTULO III

Terminó de imprimirse sus huellas en la ficha bajo la vigilancia de uno de los guardianes del penal, en tanto que Elk y John, debidamente custodiados, salían fuera.

Bixy se limpió la tinta en el forro de la chaqueta, y contempló durante unos segundos al hombre que se hallaba sentado a la mesa, frente a él. Le sonrió, al tiempo que la puerta se abría de nuevo, dejando entrar a un hombre de agudos ojos, quien se le aproximó tendiéndole la mano.

Se la estrechó firmemente, y atendiendo a una indicación que aquel le hacía, tomó asiento en uno de los sillones del despacho.

—Bueno, Bixy; no es preciso que le diga nada que no sepa. Los documentos robados por Elk y John en el domicilio particular de uno de los agregados de Embajada en la calle Treinta y Uno, no han aparecido. Por más que se les registró cuando fueron detenidos juntamente con usted, no se les hallaron encima, y de sobra conoce las declaraciones que ambos hicieron al jurado durante el juicio. Se niegan rotundamente a confesar que fueron robados por ellos, y no ha habido manera de demostrarles que mentían. Quizá se sorprendiera un tanto al ver que no les acusaba el fiscal del crimen del comandante Hunt ni del robo de los planos que este llevaba cuando fue atacado pero… no liemos querido hacerlo hasta tanto que averigüemos dónde fueron a parar los documentos a que me refería en principio. Tiempo habrá entonces para hacerlo y para enviarles a la silla eléctrica. Usted, ¿tampoco sabe dónde pudieron ir a parar?

—No, jefe; conforme le indiqué por teléfono, guie el «Nash» hasta la calle citada, esperando que salieran. Cuando lo hicieron, no llevaban con ellos documento alguno a la vista ni cartera tampoco donde hubieran podido guardarlos. No sé qué habrán podido hacer con ellos.

—Bien, de todas formas, seguiremos el plan trazado hasta el fin.

Hizo una pausa antes de decir, al tiempo que brindaba un cigarrillo a Bixy:

—La parte que le toca hacer ahora es bastante difícil, aunque no creo que lo sea tanto como para desanimarle. Ha de procurar que bien Elk o John se confíen y le pongan al tanto de lo que necesitamos saber. En primer lugar, nombres; en segundo lugar, que

le digan el sitio dónde escondieron los documentos, caso de que lo hicieran, o el nombre de la persona a quién los entregaron antes de salir a la calle para reunirse con usted. Por más que hemos realizado una investigación en la casa citada, no ha dado resultado alguno. Todos los criados de la misma, como también los vecinos, son de la más completa confianza. Ninguno de ellos figura en nuestras listas, ni hay la más leve sospecha sobre ellos.

—Conforme, jefe; procuraré valérmelas de forma que consiga saber lo que interesa. ¿Continúan vigilando a Budy?

—Sí.

—¿Efectuaron un registro...?

—Lo hemos registrado todo, Bixy; si es Budy la persona a quién buscamos y la que se apoderó de los documentos del agregado, de igual manera que de los planos del comandante... no hemos podido saberlo. Su coartada es perfecta, y no hemos visto nada entre sus papeles que le pudiera comprometer más de lo que está.

—¿Y Eva?

—¡Bah! Esa rubia no es más que la chica de Budy. No. Bixy; ese tipo no es de la clase de hombres que fían a sus queridas secretos que pudieran costarles caros. O alguien se esconde tras él, o es más hábil de lo que suponemos. De todas maneras, lo mejor será que usted lo averigüe si puede.

Se alzó del sillón.

—Bien, no tengo más qué decir; si necesita algo, basta con que lo indique a cualquiera de los guardianes, y este le hará llegar al director aquí presente, quien le atenderá en todo momento. ¿Alguna pregunta?

—No, jefe; nada.

Se alzó del sillón, aplastando el cigarrillo en un cenicero. El director tocó un timbre, y Bixy salió del despacho custodiado por dos guardianes. Minutos después rechinaban los cerrojos de una celda, y el joven se dejaba caer en el camastro, contemplando con cierta ironía el rayado traje que le habían obligado a ponerse.

* * *

El sol quemaba la arena del patio. Los presos formaban grupos bajo la vigilancia de los guardianes y los rifles de repetición. Bixy echó a andar cegado por la luz, cuando sintió un codazo tremendo y se volvió para ver al hombre qué se lo había dado. Enseñó los dientes al sonreír.

—¡Hola! ¿tú aquí?

Dawes, el gigantesco boxeador de la calle Doce, le contemplaba con aire fachendoso.

—Ya lo ves, «Sot». ¿Cómo es que te han dejado entrar donde los hombres? ¡No irás a hacerme creer que has matado a alguno!

Bixy volvió a sonreír.

—No, Dawes; al único que podía haberlo hecho fue a ti en el gimnasio, y me dio lástima.

Crujieron las mandíbulas de Dawes siniestramente. Sus ojos despidieron llamas, y dio un paso con dirección al joven. Un bulto se metió por medio, y la voz de Elk sonó cerca.

—¡Quieto, animal! ¿Quieres que nos castiguen a todos por tu culpa?

Dawes se contuvo. John terminaba de aparecer al lado de Elk, yendo a interponerse juntamente con este entre los dos hombres. Se le veía algo pálido, pero el brazo herido estaba en vías de completa curación.

Elk no dejó que Dawes respondiera a su pregunta. Le tomó por un brazo, y haciendo una seña a John para que hiciera lo propio con Bixy, echó a andar.

Se dejó caer contra uno de los muros, recostándose en este mientras Bixy lo hacía a su lado, y Dawes y John quedaban frente a ellos.

Durante unos segundos permaneció en silencio contemplando los círculos de presos o los paseos de estos por el patio.

De pronto, preguntó en voz baja:

—¿Hay noticias de Budy?

Dawes enarcó las cejas.

—¡Bah! No he oído hablar de él durante el tiempo que llevo en el penal.

—¿No? ¡Qué raro! La última vez que vi al abogado que nos envió para que nos defendiera en el juicio, me dijo que te encontraríamos aquí, y que tú nos darías noticias suyas. ¿Es que no lo ha hecho?

El gigantón se encogió de hombros.

—Hasta la fecha, no; Budy se olvida pronto de los que le sirven.

Elk fue ahora quien cuadró las mandíbulas y achicó los ojos, lanzando una amenazadora mirada a Dawes.

—Siempre fuiste un bestia —masculló con ira—. Verdaderamente comprendo que el jefe no haya querido nada contigo desde hace tiempo, y hasta le justificaría si te hubiera olvidado. ¿Es que no sabes que fue él quien pagó los servicios del abogado que defendió tu causa?

—No digo que no lo hiciera, pero...

—¿Y no sabes —continuó atajándole Elk— que fue por mediación suya por lo qué no te echaron más que tres años?

—Te parecerá poco, ¿no?

—Y a ti también. ¿Sabes lo que habría ocurrido de no mediar Budy en el asunto?

Esperó la respuesta durante un segundo, y al ver que Dawes permanecía silencioso, continuó:

—La condena no habría bajado de diez años; ¿te enteras? Y... además, ¿quién crees que ha intercedido para que te dieran el destino que tienes? Budy, y nadie más que Budy. ¿O es que me vas a decir que no te dieron un destino apenas entrar? En la cocina, por supuesto; ¿no es así?

Dawes parpadeó, mientras Elk sonreía ahora y John lo hacía de igual modo.

Volvió a transcurrir un silencio que cortó Dawes para resoplar.

Rezongó a poco:

—¡Diablos! ¡Pues es verdad que me han dado ese destino!

—Claro, zopenco. Por lo visto, creíste que te lo adjudicaron por tu cara bonita—. Hizo una pausa y prosiguió al cabo de cierto tiempo, sin dejar de hablar bajo y mirar a su alrededor con la práctica que da la experiencia—. Escucha ahora: Quizá un día de estos recibas algo para nosotros, ¿entendido? Budy nos ha prometido que saldremos, y él sabrá ingeniárselas para que ello suceda. No sé si tengo idea de la forma que lo logrará, pero... Budy no abandona nunca a los que trabajan para él, y me parece que no llegaremos a calentar los huesos aquí. Tú, ya lo sabes; abre bien los ojos, y cierra el pico sobre todo. Como Budy se entere de que hablas más de la cuenta, puedes contarte con los difuntos. ¿Esta claro?

Dawes se rascó la pelambrera antes de decir:

—Está bien, Elk, está bien; por mí no va a enterarse nadie. Tan pronto como sepa algo... Bixy replicó mordaz:

—Lo irás diciendo a todos, ¿verdad, Dawes? No me explico cómo el jefe se fía de ti para eso.

Elk contuvo con un gesto al gigantón, y se volvió al joven.

—No te metas con él, Bixy; reconozco que tienes motivos sobrados para hablar como lo haces, debido a los golpes que te propinó «fuera de programa», pero... no olvides que Budy es el jefe, y sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. Si él considera que Dawes nos puede ser de utilidad... ¡allá él! Lo principal es que nos saque de aquí, y tiempo tendréis vosotros de ventilar vuestras cuestiones de la forma que sea.

—¡Bah! Salir de aquí... No creo que sea tan fácil como te figuras,

Elk. Budy no digo que haga por sacarnos, pero... ¡cómo no sobornes a los guardianes!

Elk siseó un segundo. Un grupo de presos se aproximaba, y, tras ellos, uno de los guardianes. Aguardaron a que se alejaran.

—Oye esto, Bixy: Budy nos sacará del aprieto, y no tardando mucho. Te ha tomado afecto, y no es de los que se descuida con los suyos.

Esperó un instante antes de decir, bajando más la voz:

—Veo que empiezan a mirarnos, y no es cosa de llamar la atención. Tú, Dawes, lárgate de aquí y déjanos solos. Cuando llegue el momento... ya sabes lo que tienes que hacer.

El aludido hizo una señal de inteligencia, y se marchó no sin antes lanzar una penetrante mirada a Bixy, que fue correspondida por este con una mueca de desprecio.

—¡Puaf! —exclamó el joven, cuando aquel se alejó lo suficiente para no oírle—. ¡Valiente tipo! No sé cómo no le he roto los dientes cuando me dio el codazo.

Elk le puso la mano encima, al tiempo que con la otra cogía un brazo de John.

—Hay que ser prudentes, muchacho; tú no eres de los que pierden la cabeza, y el jefe te quiere por eso. Bien lo demostraste cuando nos cazaron.

—¡Bah! Si me hubieras dejado una pistola...

—No habríamos conseguido nada —apuntó John—. Estábamos copados.

—¿Quién dio el soplo?

—¿El soplo? ¡Vamos, no nos hagas reír! Lo que sucedió fue, simplemente, que algo no respondió como debiera. ¡Aquella sirena maldita...!

—¿Pero no desconectasteis los timbres de las alarmas?

—Desde luego, Bixy —dijo Elk, tomando de nuevo el hilo de la conversación—. Pero sin duda de ningún género había alguno más de los que nosotros nos figurábamos y... ¡de sobra sabes lo que ocurrió luego!

—¡Naturalmente! Que no pudisteis haceros con lo que queríais.

La risa de Elk resonó largo tiempo en los oídos del joven.

—Conque no, ¿eh? ¡Tú qué sabes, Bixy!

—No irás a decirme ahora que cogisteis los documentos de que se habló en el juicio, ¿verdad?

—Pues claro que sí. ¿Qué te figurabas, que se los había llevado otro?

El joven abrió los ojos con fingida sorpresa.

—¿Qué me dices, Elk? ¿Es posible?

—¡Claro!

—Entonces… ¿cómo no os los pillaron encima?

—Pues… sencillamente, porque no los llevábamos.

Bixy volvió a sonreír escéptico.

—¡Bueno! A otro perro… John no le dejó que concluyera.

—Los documentos están seguros, Bixy; lo que te ha dicho Elk es verdad. Los depositamos antes de salir en un sobre, y echamos este al buzón de la puerta de entrada.

—¿Al buzón de la puerta de entrada? No lo entiendo. Siendo así… irían a parar de nuevo a manos del agregado, ¿no?

—¡Qué más hubiera querido él! No, hijo, no; el sobrecito fue a parar a las manos de Budy.

—¿Qué?

Elk iba a contestar, pero en aquel momento sonó un pito y los presos corrieron a formar en el patio. Se hizo un silencio, alterado tan solo por las voces de los guardianes y el roce de innumerables pies sobre la arena al marchar los reclusos en filas hacia las naves.

Volvieron a encontrarse a la tarde, después del trabajo. Bixy se dejó caer en el suelo, junto a John.

—¡Hola! —dijo a manera de saludo—. ¿Cómo ha ido la faena?

El aludido torció la boca, y sus ojillos chispearon.

—¡Bah! Me figuro que tan mal como la tuya. Esto es un matahombres.

Bixy chasqueó los dedos.

—¡Con tal que no lo sea para nosotros!

Quedó silencioso durante unos segundos, observando a los presos que pasaban junto a él.

Inquirió de pronto:

—Elk, ¿dónde está?

Una sonrisa asomó a los labios de John.

—Ha ido por ahí; dijo que iba a ver si se encontraba con Dawes.

—¿Con ese gorila?

—Con el mismo, muchacho; ya me he dado cuenta de que no le tienes mucha simpatía.

—Ninguna, diría yo —se aproximó más para susurrarle al oído —: Oye: ¿hay alguna noticia?

John miró a un lado y a otro antes de responder de la misma manera:

—No. Precisamente para eso ha ido Elk a ver a Dawes.

—Tú, ¿qué crees?

—Que qué creo, ¿qué?

—Si habrá noticias.

John alzó los hombros, y volvióse a mirar de nuevo.

—Qué quieres que te diga, Bixy; desde luego puedo asegurarte que Budy no es de los que se duermen.

—No, desde luego que no; ¡lo que me habéis dicho respecto a la forma de apropiarse de los documentos!... —hizo una pausa y añadió, bajando más el tono. Lo que no acierto a explicarme es la forma en que se realizó «aquello». ¿Cómo pudo apoderarse del sobre?

John sonrió con suficiencia.

—Eres un novato, Bixy; como comprenderás. Budy lo tenía todo preparado por si fallaba el plan y nos veíamos metidos en una encerrona. De haber llevado nosotros los documentos, no habríamos escapado como lo hicimos. Te lo explicaré mejor para que lo entiendas. Verás: Las órdenes que teníamos Elk y yo eran las de apoderarnos de los documentos, naturalmente, pero... también, de apoderarnos de una cantidad de dinero con el fin de que, si nos pillaban, pudiéramos decir que habíamos entrado allí para robar eso y no otra cosa; ¿entendido?

—Sigue.

—Pues... el resto es fácil. Cogimos los documentos, los metimos en un sobre que llevábamos preparado de antemano, y lo depositamos en el buzón antes de salir. ¿Te das cuenta de lo sencillo que fue todo?

Bixy abrió los ojos, dando muestras de sorpresa y de admiración.

—¡Caramba, John, creo que ahora me doy cuenta! Y...

—El sobre llevaba la dirección de uno de los almacenes propiedad de Budy; el portero cogería por la mañana la correspondencia depositada en el buzón, y al ver una carta dirigida a unas señas que no correspondían a aquellas, creería que se habían equivocado al echarla allí, y le daría el curso reglamentario. ¿Has visto nada más sencillo?

El joven silbó, simulando un entusiasmo excesivo.

—¡Toma! ¡Ya lo creo que era sencilla la cosa! Lo que no comprendo es cómo Budy... Se calló al ver que hacia ellos iba Elk, seguido de Dawes. Este último sonrió despectivo al joven antes de llegar. Tomaron asiento, recostándose indolentemente contra uno de los muros, y aguardaron en silencio a que se alejara uno de los guardianes que pasó cerca.

Bixy bostezó y miró a Elk por el rabillo del ojo. Preguntó, fingiendo indiferencia:

—¿Qué, has aprovechado el viaje a la cocina? Supongo que Dawes te habrá tratado bien, ¿no?

Dawes iba a contestar de mala manera pero Elk no le dio tiempo para ello. Con un gesto le contuvo. Luego, se volvió al joven.

—Deja a Dawes en paz, Bixy; Budy —bajó la voz para proseguir — ha conseguido hacernos llegar noticias suyas. Dentro de poco estaremos fuera de aquí, y hasta tanto no quiero peleas entre nosotros, ¿entendido? Ahora, escucha: Esta noche llegará al penal uno de tantos camiones de suministro. En él podremos salir sin que se den cuenta, ya que necesitarán gente para descargarlo, y Dawes se las ha arreglado de forma que nosotros seamos los que realicemos la faena. El chofer está metido en el ajo. Y procurará alejar a los guardianes hasta que nosotros hayamos concluido de ocultarnos en el camión. Cuando quieran recordar, ya estaremos lejos, y no nos darán alcance fácilmente, Budy nos espera con un coche en el cruce de la carretera, y haremos la del «humo». ¿Qué te parece?

Bixy dejó transcurrir unos segundos antes de responder. Sus facciones se animaron, y una sonrisa, le distendió el rostro.

—Es lo mejor que he oído en lo que tengo de vida. Podéis contar conmigo para todo.

Elk hizo una seña, y Dawes se incorporó. Antes de irse, dijo con voz sorda:

—Cuando llegue el momento, os mandaré aviso.

Se alejó de ellos, andando pesadamente y mirando de reojo alrededor. Bixy chasqueó los dedos con entusiasmo, y John y Elk contemplaron al joven sonrientes. Sonó un pito. Los presos se reunieron en el patio formando filas, y las voces de los guardianes resonaron en el penal, secas y perentorias. Minutos después, una interminable fila de hombres se ponía en marcha.

* * *

Bixy formando con todos, entró en la amplia nave de celdas. A medida que llegaba cada preso a la que le correspondía, chirriaban los cerrojos y las cerraduras tras él, dejándole encerrado. Luego, los guardianes comprobaban el cierre de una puerta tras otra, terminando por alejarse. Cuando le llegó el turno, el joven aguardó a tener al guardián cerca para decirle al oído, en un susurro apenas:

—Diga al director que necesito hablar con él urgentemente.

Afirmó con un gesto ante la curiosa mirada del guardián, y se metió en la celda esperando que fueran a buscarle. Tardaron unos

minutos en ello. Unos pasos resonaron a lo largo del pasillo, y dos carceleros se aproximaron a su celda. Uno de ellos dijo tajante:

—Síguenos.

Bixy se alzó del camastro, y echó a andar por el pasillo, vigilado por las miradas de los presos de las celdas vecinas. Cuando desapareció tras una puerta enrejada, se hizo un silencio en la nave, roto a los pocos segundos por un confuso cuchicheo que los guardianes se apresuraron a interrumpir enérgicamente. El silencio volvió de nuevo a las celdas, aunque los hombres que las ocupaban parecían agitarse en ellas con cierta impaciencia y curiosidad motivada por la inesperada salida de Bixy. Cuando este retornó en compañía de sus dos guardianes, varios ojos le espiaron en la oscuridad. Chirrió una puerta al abrirse, y el joven se halló sentado de nuevo sobre su camastro. Tumbado en él, esperó con cierta impaciencia, mientras sonreía. Fuera, tras los muros del penal, sonó un claxon. Se oyó la voz de un centinela, y luego ruidos distintos acompañados por el zumbido de un potente motor. Volvió el silencio a restablecerse durante unos minutos, hasta que de pronto fue quebrado por una puerta al abrirse y por los pasos de los guardianes en el pasillo. De nuevo se abrió la puerta de Bixy, y uno de los carceleros asomó la cabeza por el hueco.

—Levántate, tú. Haces falta en otro sitio.

Salió fuera. Esperándole, se encontraban también Elk y John, bajo la vigilante mirada de dos guardianes armados. Emprendieron todos la marcha a lo largo de la nave, hasta salir al patio de nuevo. De allí, a la cocina, a cuya puerta se encontraba un camión de diez toneladas cargado hasta los topes. Dawes les aguardaba en unión de otro carcelero. Este se dirigió a todos:

—Bueno, a descargar el camión y pronto; no hay tiempo que perder.

Se pusieron a la faena, mientras el chófer del camión abría la portezuela del *baquet* y saltaba al suelo. En unión de los guardianes que les habían conducido, les vieron alejarse en dirección a la cantina. En el momento que Bixy echaba mano de un saco para cargárselo al hombro, Elk y John se le aproximaron rápidamente.

—¿Para qué te llamaron?

La misma pregunta surgió de los dos a la vez. El Joven les hizo un guiño.

—¡Bah! No sé qué me dijeron de las fichas, y me han hecho otras nuevas.

Elk y John se miraron, y sonrieron también al tiempo.

—¡Para lo que te han de servir ahora!... —exclamó el primero,

con ironía.

Dawes se les aproximó.

—¿Qué estáis haciendo? ¿No comprendéis que hemos de darnos prisa?

Cada uno de ellos echó mano de un saco cualquiera de los que había en el camión, yendo a depositarlos en la cocina. Trabajaron como negros durante unos minutos. Finalmente, y cuando faltaba poco para que terminaran de descargar los bultos, la figura de uno de los guardianes apareció a la puerta. Dirigió una mirada a los reclusos, e incluso a Dawes:

—¡Eh, tú! ¿Falta mucho?

—No; dentro de poco esto estará listo.

Dawes hizo un gesto al pasar por delante de Elk, y echó tras este. Susurró, al encontrarse con él fuera:

—Di a John y al otro que estén prevenidos. Yo me encargaré del guardián que hay en la cocina.

—¿Qué vas a hacer?

—Tumbarle para que no grite. Es de la única forma que podremos vernos libres antes de que se enteren.

—Pero... ¿y los otros?

—¿Los otros?... Ya se encargará de entretenerlos el chofer. En cuanto le oigáis venir, os metéis en el camión y asunto concluido.

Terminaron de descargar. Dawes, haciendo una seña a Elk y a John se dirigió a la cocina. Bixy iba tras ellos, y no pudieron verle. Tenía los músculos en tensión, y los ojos le brillaban. El guardián se había sentado en el borde de una mesa, y parecía distraído. Dawes se le aproximó en aquel momento.

—Bueno —dijo—. Eso ya está, ¿qué le parece?... No terminó de decirlo. Cuando llegó a una distancia conveniente, alargó el brazo dispuesto a descargar un tremente golpe en la cara al hombre que tenía delante, pero este hurtó el cuerpo con ligereza, a la vez que se llevaba la mano al cinto para sacar la pistola. En el mismo instante, Bixy alzó el puño atizando un fenomenal mazazo a Elk, quien cayó al suelo sin lanzar un gemido. John se revolvió hecho una furia.

—¿Qué haces?

El joven se lanzó contra él. John barbotó un terrible juramento, y Dawes, olvidándose del guardián, se revolvió con ligereza. Al ver que Bixy golpeaba a John de una manera despiadada, dio un salto de tigre, cogiéndole por detrás. Sus dedos se engarfiaron en el cuello del joven, al tiempo que rechinaba los clientes.

—¡Miserable traidor!

Sonó un tiro. Dawes se tambaleó durante unos segundos,

terminando de caer. John, agazapado en un rincón, de la cocina, miraba con ira a Bixy, quien en aquel momento respiraba libre del dogal qué le aprisionó el cuello hasta casi asfixiarle. El guardián, con la pistola humeante aun, apuntaba, firme, y en la puerta terminaban de aparecer otros guardianes con ametralladoras ligeras.

Bixy no perdió el tiempo. En tanto que los recién llegados se hacían cargo del caído cuerpo de Elk y del agazapado John, se dirigió hacia la salida seguido de uno de los guardianes. La sirena del penal atronó este, y los reflectores alumbraron el patio como si fuera de día. Se oyeron voces de alerta, carreras y pitidos. El chofer del camión llegó corriendo en unión de otros guardianes más, y por espacio de bastante rato el pandemónium que se originó en el penal, fue inmenso. La sirena no dejó de tocar un momento tan solo, y los reflectores enfocaban los ángulos oscuros incesantemente. Se oyó el tableteo de una ametralladora, y voces de un centinela pidiendo ayuda. Luego, más disparos y nuevas voces.

Afuera, en el cruce de la carretera general, un magnífico auto, se hallaba detenido. En su interior, fumando incansablemente, Budy y Eva, acompañados del chofer, oteaban la oscuridad por las abiertas ventanillas. Hasta ellos llegaba el ruido de la sirena y el eco de los disparos.

El conductor se volvió a Budy en aquel momento para decir:

—¿Qué hacemos aquí, jefe? ¿No le parece que nos exponemos sin necesidad? Es imposible que hayan podido escaparse después de la alarma.

Budy aplastó el cigarrillo en uno de los ceniceros, antes de responder. Luego se volvió ligeramente.

—Esperaremos aún, Abe; no te pongas nervioso, y recuerda tu papel en el caso de que algún coche se nos acerque. ¿Comprendido?

—Sí, jefe.

Budy se dirigió a la rubia.

—¿Qué opinas tú, nena?

Eva sacudió la ceniza del cigarrillo que conservaba entre los dedos. Parecía un tanto nerviosa.

—No sé qué decir. Abe puede tener razón… y no tenerla, Desde luego no creo que después de todo el jaleo que estamos escuchando, hayan podido huir; ¿no te parece?

—Precisamente, si no hubieran huido, no habría el jaleo que dices.

—¿Entonces?… Él iba a responder pero en aquel momento asomó la cabeza por la ventanilla, al tiempo que el conductor

saltaba del *baquet* al suelo, dirigiéndose apresuradamente a la puerta delantera del auto. Alzó el capot, y pareció entretenerse en manipular debajo de él. Budy aguzó el oído. Un zumbido lejano, seguido de otros más, le indicaron la proximidad de varios autos. Introdujo la cabeza de nuevo, y sanando un cigarrillo lo encendió con calma, a la vez que se echaba hacia atrás en el almohadillado. Dijo, sin inmutarse lo más mínimo:

—No podemos esperar más. La gente del penal anda buscándoles, y no es conveniente que nos vean. Tomarían nota de la matrícula del coche, y nos asarían a preguntas —alzó la voz—. ¡Abe! Métete dentro y vámonos de aquí. Tenemos el tiempo justo.

El chofer no se hizo repetir la orden dada, y a los pocos segundos se alejaban del lugar a la máxima velocidad del auto.

Budy, reclinado en el asiento, fumaba con los párpados entornados y como si meditase. Al ver un brusco movimiento de la rubia, se volvió a ella.

—Domínate, ¿quieres? Nada conseguirás con esos nervios.

Eva se le quedó mirando.

—No sé cómo puedes conservar la calma, Budy; el plan ha fracasado por completo, y tú lo sabes.

—¿Tú crees?

—Desde luego. ¿No habíamos quedado en que saldrían del penal en el camión?

Budy enseñó los dientes.

—Sí, querida, en eso habíamos quedado pero… algo debió pasar.

—¿Algo?

—Bueno, lo que sea lo sabremos dentro de poco.

Entraron en la ciudad, y a los pocos minutos se encontraban en el «dancing» propiedad de Budy. Este, seguido de Eva, penetró en la sala. Con la rubia del brazo se dirigió a la barra, haciendo una seña al *barman* para que se les acercase. Tomaron unos «Four Roses», paladeándolos con delectación, y se disponían a bailar, cuando un camarero se aproximó a Budy.

—Le llaman por teléfono, señor.

Cambió una mirada con Eva, y juntos se dirigieron al despacho. Al llegar allí, se abalanzó al micro.

—Diga.

La voz de Bixy se oyó al otro extremo.

—Dentro de una hora iré ahí. No pude encontrarle en el sitio convenido.

—¿Bixy, no?

—El mismo, jefe.

—¿Y los otros?

—No tuvieron suerte. Le explicaré todo cuando vaya.

—No lo haga aquí. Diríjase al 28 de la Avenida Devon, un almacén de frutos; ¿comprendido? Pregunte por Luther, y dígale que va de parte mía y que le espero.

—¿Nada más?

—Una pregunta: ¿desde dónde llama?

—Se asombraría si se lo dijese. Ya habrá tiempo para ello.

Colgó. Budy se volvió radiante a la rubia.

—¿No te decía?... Ella quedó esperando y, al fin, como viera que Budy se dejaba caer en un sillón indolentemente, arqueó una ceja, interrogando con el gesto.

—Es Bixy, nena —aclaró él, respondiendo a la muda pregunta—. Bixy «Sot», el pugilista novato de la calle Doce.

A Eva le brillaron los ojos. Se aproximó a Budy, tomando asiento en uno de los brazos del sillón. Dijo, disfrazando la emoción que sentía:

—¿Me das un cigarrillo?

Budy le alargó su pitillera, y de pronto se alzó del asiento dirigiéndose nuevamente al teléfono. Marcó un número.

—Oiga: ¿es Peattie?... Sí, Budy... Diga a J. W. T. que la operación no ha salido mal del todo, ¿comprende?... ¡Ah! ¿Ya lo sabía?... Bien, bien, estaré con el muchacho, esperándole en el sitio de costumbre... Sí, desde luego quiero que le conozca... No, nada.

Colgó otra vez, y tornó a sentarse en el sillón, fumando el cigarrillo que arrebató de los labios de la rubia.

CAPÍTULO IV

Bixy salió del coche particular del director del penal tan pronto como aquel se detuvo. El uniforme de recluso había desaparecido, y vestía sus propias ropas. Quedó un momento mirando a ambos lados de la calle. Luego, manteniendo aun abierta la portezuela del coche, tendió la mano.

—Gracias, señor; ha sido usted muy amable al traerme.

El director del penal estrechó la mano del joven.

Preguntó sin soltarla:

—¿Necesita algo?

—No, gracias otra vez; cuanto necesitaba era hablar por teléfono, y ya lo hice en su despacho. Le debo, además, la cortesía de haberme traído.

—¡Bah! No tiene importancia.

Se estrecharon la mano de nuevo, y Bixy cerró la portezuela al tiempo que hacía un ademán de saludo.

Quedó de pie en la acera, viendo marchar al nulo. Luego echó a andar tranquilamente, sin dejar por eso de volver la cabeza para asegurarse de que nadie le seguía. Torció por una callejuela, yendo a salir a una más amplia, y de esta a otra ya más céntrica. Distinguió la silueta de un hombre que iba hacia él, y se metió en el primer portal que halló al paso para salir al cabo de unos segundos. Minutos más tarde, subía la escalera de su domicilio. Ya en el interior del piso que ocupaba, inspeccionó las habitaciones detenidamente. Todo estaba como lo dejó. Se metió en la ducha, para salir a poco secándose con una toalla de baño, friccionándose el cuerpo mientras silbaba. Cogió el traje, y haciendo un rollo con él lo metió dentro del armario. Escogió cuidadosamente un traje a cuadros y una muda nueva. Puso su reloj en hora. Iba a vestirse, cuando se dio una palmada en la frente, y cogiendo el reloj lo depositó dentro de uno de los bolsillos del traje que se había quitado. Volvió a silbar, y escogió igualmente unos zapatos distintos a los que se quitó, guardando estos en unión del traje.

Una vez vestido del todo, sacó una pistola, examinándola durante unos segundos. Cambió el cargador, y se la echó al bolsillo de la chaqueta. Enfundado en una gabardina y tocado con un amplio sombrero, salió del piso. Fuera ya del portal se encaminó calle arriba, y al ir a cruzar se le echó un auto encima, frenando a

dos pies escasos estrepitosamente. El hombre que lo conducía asomó la cabeza para decir:

—¿Quiere «taxi», señor?

Bixy volvió la cabeza. La voz le había parecido conocida en extremo. El «taxi» se le acercó, y el chofer le hizo señas para que se aproximara.

—¿Es que no me has conocido?

—¡Dane!

—Sube. Tenemos que hablar.

Se introdujo en el auto. Ya en él, preguntó:

—¿Me esperabas?

Sonrió el fingido chofer desde el *baquet*. Repuso, sin soltar el volante:

—Hace un rato ya que lo estoy haciendo. Vi cómo te apeabas del coche, y no quise molestarle hasta que no salieras.

—¿Te ha mandado el jefe en mi busca?

—No; únicamente me dijo que me pusiera en contacto contigo por si me necesitabas. Así que... ¡tú dirás!

—¿Qué se dice de mí?

—Puedes figurártelo. Hemos armado un revuelo de mil diablos, y no creo que tengas grandes dificultades para conseguir lo que te propones. Solamente...

—¿Qué?

—Tendrás que andar con cien ojos. Tu nombre y filiación completa se ha dado por la radio y por la prensa, y toda la policía de la ciudad andará buscándote a estas horas. Desde luego, no es muy cómoda tu postura.

—Lo supongo.

—¿Sabes ya lo que se hizo de los documentos?

—Sí; los metieron en un sobre dirigido a uno de los almacenes de Budy, y lo echaron al buzón de la casa antes de salir. El portero se encargaría, al recoger la correspondencia, de hacerle seguir su curso.

—¡Hola! No está mal ingeniado eso. ¿Dónde está el almacén ese?

—En el 28 de la Avenida Deven. Hacia allá voy.

—¿Propiedad de Budy?

—Sí.

—Te dejaré cerca.

—No, Dane; mejor será que lo hagas ahora. ¿Sabes, chico? El tiempo que he permanecido en el penal me ha hecho desear la calle como nunca, y tengo ganas de estirar las piernas, ver escaparates y caras guapas.

—Me creo lo último.

Sonrió Bixy, y Dane paró el «taxi», aproximándolo a la acera para que pudiera descender su amigo. El joven depositó una moneda en la palma abierta de Dane, y murmuró antes de echar a andar:

—Convendría que le dijeras al jefe lo que has oído, ¿eh?

—Lo haré, Bixy; no te preocupes.

El «taxi» se puso en marcha, y el joven continuó por la acera, andando sin prisa. Al pasar por delante de un establecimiento de modas se abrió la puerta de este, y una linda morena se dio un encontronazo con él. Se contemplaron un segundo, y Bixy abrió la boca, sorprendido.

—¡Judy!

Ella se le quedó mirando.

—¡Usted! —exclamó por fin.

Bixy la tomó del brazo, venciendo la resistencia de la joven.

—Vamos, preciosa; ya que entonces no tuve tiempo de decirle nada, hoy es distinto, y no pienso abandonarla así como así. Tenía ganas de verla para demostrarle mi agradecimiento por aquella frase suya cuando nos llevaban detenidos. ¿Me permite que la invite?

—¿Cuándo ha salido? Seguí el proceso por la prensa y... y... creo recordar que le pusieron unos años; ¿no? —dijo mirándole con verdadero asombro.

—¡Bah! Yo también recuerdo haberla visto en la sala durante el juicio y...

—¿Dice que me vio?

—¡Claro!

Rio ella.

—Bien. ¿Y si no aceptara el convite?

Bixy le guiñó un ojo.

—No tendría más remedio que raptarla.

—¿Sabe a lo que se expone?

—Desde luego que sí; pero correría el peligro.

—No quiero que lo haga. ¿A dónde me lleva?

—Al primer bar que encontremos. ¿Hace?

—Suélteme, entonces, y vamos en mi auto. Es ese que está ahí parado, junto al bordillo.

Subieron en él. El joven se acomodó al lado de ella, en el asiento. Dijo, mientras el coche se ponía en marcha:

—Verdaderamente, no sé por qué la dejo que conduzca. Recuerdo que, en la anterior ocasión en que nos encontramos, faltó

poco para que me estrellara contra una pared.

—Si tiene miedo, baje.

—Lo pensaré luego. Ahora estoy muy entretenido contemplándola.

—¿También el brazo tiene que ver con eso?

—¡Ah, es verdad! No sé cómo me las arreglo, que siempre que veo a una chica bonita y estoy con ella...

—Pues no sea tan impulsivo.

—Lo procuraré, preciosa.

Se miraron un segundo a los ojos. Ella desvió la vista, y pisó el pedal, acelerando. Se detuvieron frente a un bar de moda, y Bixy ayudó a bajar a la joven. Entraron en él, y fueron a acomodarse en la barra.

—¿No nos sentamos?

—Lo siento; tengo una cita con un amigo y... Judy hizo un gesto de desagrado. Pidieron unos cócteles. Bebiéndoselos estaban, cuando entró un chiquillo voceando la edición de la noche de última hora. Bixy sintió que la sangre le ardía. Comenzó a hablar para distraer la atención de Judy, pero esta ya se había vuelto al oír anunciar al muchacho:

> «¡Fuga de un preso! ¡Bixy «Sot», condenado por robo a mano armada, logra huir! ¡Emocionante lucha en Stateville! Un hombre muerto y lo que dice de Bixy «Sot» la policía. Cómo se desarrolló el drama».

La mano de la morena tembló, al tiempo que se llevaba el coctel a la boca. Dijo apenas, sin mover los labios:

—¡Vámonos de aquí!

Bixy dejó unas monedas en el mostrador, e iba a ayudar a bajar a Judy del taburete donde estaba sentada, cuando vio a un tipo que se aproximaba a ellos. Le reconoció al instante. Era uno de los policías que le cogieron, y precisamente al que pegó un puñetazo por defender a la muchacha. Esta también vio al policía, y cambió de color. Bixy se volvió con el tiempo suficiente para que aquel no pudiera verle bien las facciones. Siguieron unos segundos de tensión. Luego...

—¡Buenas noches, señorita Wald! No sabe lo que me alegra verla para... Ella se deslizó del taburete al suelo. Dijo, pasando por delante de él sin hacerle caso:

—No tiene necesidad de excusarse.

El policía trató de insistir, poniéndose a su lado, pero Bixy,

tomando una rápida determinación le empujó bruscamente, colocándose junto a la joven y cogiéndola por el brazo, para dirigirse con ella hacia la puerta. Antes de llegar a ella. Bixy se sintió cogido a su vez, y volviéndose con rapidez vertiginosa, golpeó al policía con la derecha en la barbilla, tumbándole cuan largo era, antes de que aquel, sorprendido por el ataque, hubiera tenido tiempo de reconocerle.

Volvióse al joven con despectivo gesto a cuantos presenciaron la veloz escena, y exclamó rotundo, antes de desaparecer con Judy:

—¡Ese tipo no volverá a molestar a nadie en su vida!

Salió del bar, llevando a la joven casi en volandas.

Se metieron en el auto, y, al tiempo que ella hacía funcionar el motor, susurró en su oído:

—Déjeme en la esquina de la Avenida Cumberland con Higgins Road, por favor —Judy asintió en silencio. Estaba pálida, y los ojos le brillaban bajo las cejas. Apretó los dientes y maniobró en el volante. Instantes después se alejaban a buena marcha de las proximidades del bar, sin que hubieran sido inquietados lo más mínimo.

Cuando llegaron a la esquina indicada por Bixy, este abrió la portezuela del auto. Judy, con las manos en el volante, continuaba mirando por el parabrisas sin importarle al parecer otra cosa. El joven se deslizó fuera.

—¿Nos volveremos a ver?

Ella plegó los labios, y apretó más aun los dientes.

Insistió Bixy:

—Vamos, nena, ¿qué me dice?

La respuesta fue un portazo tremendo, al tiempo que el coche arrancaba haciéndole dar un salto para evitar ser atropellado por las ruedas posteriores.

Quedó durante unos momentos viendo como el coche se alejaba dando un viraje por la Avenida Cumberland hasta llegar a la de Deven. Miró, mientras andaba, la numeración de la avenida. Al llegar al número 28 se detuvo, y empujando la puerta pintada de verde que daba paso al almacén penetró en él. Un tipo pequeñito, de cráneo mondo, le salió al paso, mirándole por encima de los lentes.

—¿Deseaba el señor?

Bixy echó una mirada circular.

—Quiero hablar con Luther.

—¿Ha dicho con Luther? Espere un momento.

Le dejó solo. Segundos después, aparecía de nuevo. Sonreía.

—¿Quiere hacer el favor? El señor Luther le espera.

Siguió al hombrecillo hasta una puerta que se abrió para dejarles paso. Un tipo grueso, alto, bien vestido, le esperaba parapetado tras de una mesa. Le observó durante un segundo antes de preguntar:

—¿Quería hablarme, no?

Bixy avanzó hacia él, mientras el hombrecillo permanecía a sus espaldas aguardando sin duda una orden.

—Sí; Budy me espera.

Luther arqueó una ceja, al tiempo que se levantaba. Miró por encima de la cabeza de Bixy, haciendo un expresivo gesto, y la puerta de entrada se cerró al instante. Quedaron solos los dos hombres, Luther avanzó, tendiéndole la mano.

—Me alegro de conocerle, Bixy; efectivamente, hacía rato que le esperábamos. ¿Hubo algún tropiezo?

Negó el joven, mientras estrechaba la mano de Luther. Este le brindó un cigarrillo, y dirigiéndose a un armario que se veía al fondo, abrió las puertas. Introdujo una mano, tanteando en una de las paredes, y algo se deslizó como sobre un carril. Apareció un hueco, iluminado a trozos por pequeñas bujías. Entraron en él. Era una especie de corredor a manera de túnel, del que arrancaban tres ramales. Tomaron por uno de ellos. Bixy caminaba al lado de Luther, tomando mentalmente nota de cuanto veía, mientras fumaba el cigarrillo. Tabaleó Luther con los dedos en un recuadro de la pared, durante unos segundos. Este se deslizó hacia la izquierda de igual modo que el fondo del armario, y la luz cegadora de una bombilla le dio en la cara. Luther le cogió por un brazo, sonriendo.

—¿Vanaos, Bixy?

Bajó la vista, al tiempo que ponía el pie en el primer peldaño de una escalera, dispuesto a descender, y entonces sus ojos se fijaron en el conjunto que se le ofrecía. Budy, Eva y un desconocido, le miraban sonrientes, acomodados en sendos butacones. La escalera iba a morir frente a ellos, y la habitación donde se encontraban podía tomarse por un *living.* Descendió unos cuantos peldaños, y volvió la cabeza. El recuadro de la pared, festoneada toda ella por vistosas guirnaldas, volvió a su sitio, no viéndose más que la continuación de la escalera que se perdía en los pisos altos. Bajó unos escalones más. Budy se alzó del asiento que ocupaba, adelantándose a recibirle.

Le estrechó la mano con fuerza.

—¿Qué Bixy, cómo ha ido todo?

La rubia se había puesto en pie, y el desconocido le ofreció el

brazo. Juntos fueron a su encuentro.

Sonrió el joven.

—¡Pchs! ¿Qué quiere que le diga, jefe? Hubo lo suyo.

—Lo supongo, Bixy —se volvió para mirar al que acompañaba a Eva—. Este es el muchacho de que le hablaba, Tehan. Como podrá ver, no le había engañado.

J. W. Tehan clavó la mirada en el joven. Era un tipo de cierta edad, elegantemente vestido, de amplios hombros y escurridas caderas, facciones varoniles, y bien planchado pelo que plateaba en las sienes.

Le tendió la mano.

—Encantado de saludarle; Bixy; verdaderamente, tenía ganas de llegarle a conocer.

Se dirigieron todos a un ángulo, tomando asiento frente a una mesita. La rubia aprovechó el momento para mirar a Bixy a través de las pestañas, y oprimir una rodilla del joven entre las suyas.

—¡Oh, Bixy, no sabes la alegría que tengo!

Él se recogió en el asiento, apartándose de tan peligrosa proximidad, y echó hacia atrás la cabeza al tiempo que expelía el humo del cigarrillo que terminaba de llevarse a la boca. Budy escanció en unas copas el *gin* de una botella, ofreciendo una de aquellas a Bixy. Bebieron en silencio. De pronto, Tehan, dijo con la copa aun en alto:

—Bien, ¿quiere explicarnos lo sucedido?

Se agudizó el silencio. Los cuatro pares de ojos se fijaron en los del joven, interrogantes y curiosos a la vez.

Bixy aplastó su cigarrillo en un plato.

—Lo haré, señor.

Se inclinó hacia adelante. Eva se puso de codos en las rodillas, contemplándole provocativa y animándole a que hablara con la sonrisa en los labios. El joven fijó la mirada en Tehan.

—Todo salió bien al principio —comenzó—. Dawes nos esperaba a Elk a John y a mí en la cocina, como habíamos convenido. El chofer del camión se llevó a los guardianes a la cantina, y nosotros tres nos quedamos descargando bajo la vigilancia de uno de ellos. Cuando terminamos de hacer la faena Dawes, Elk y John, se metieron dentro. El primero se aproximó al guardián, dispuesto a librarnos de él, mientras yo me quedaba vigilando fuera. Oí ruido de lucha, y cuando iba a intervenir, sonó un tiro. Me asomé a la puerta. El guardián se había parapetado, y Dawes se revolcaba en el suelo, mientras Elk y John luchaban por desarmar al tipo que había disparado. Le aticé de firme, haciéndome con la pistola, y salimos

corriendo en el momento que sonaban voces de alerta y los guardianes que marcharon con el chofer del camión, salían de la cantina. Por unos momentos, logramos despistar a los guardianes, haciéndoles creer que nos habíamos hecho fuertes a la entrada de una de las galerías. Aquello nos valió unos segundos que pudimos aprovechar, aunque no del todo. Dejé a Elk y a John, dándole al primero la pistola, mientras yo me aventuraba por un pasillo. Oí abrirse una puerta, y al tipo que apareció por ella lo tumbé en un segundo. Me vestí sus ropas dejándole las mías, y me hice con una pistola de nuevo. Seguí andando no sin antes avisar a Elk y a John, pero estos tenían necesidad de contener a los que se echaban encima, y no pudieron seguirme tan aprisa como hubieran querido. A punto estuve de tropezar con uno de los soldados de la guardia, al abrir una puerta, y esperé a que me diera la espalda para librarme de él. Salí al exterior. Me encontraba en la parte nordeste del muro. Un centinela, con el fusil ametrallador, vigilaba, dirigiendo el foco de su reflector en todas direcciones. Me arrastré hacia él, y cuando quiso darse cuenta ya era tarde. Entonces, me encontré en una situación endemoniada. Tenía con qué defenderme, pero no veía la posibilidad de escapar de allí. Maniobré con el reflector durante unos segundos. Los disparos se sucedían dentro, lo que probaba la lucha que mantenían Elk y John, y en el momento en que me disponía a probar fortuna saltando el muro, me pareció ver una vieja cañería de plomo detrás de la garita. Me escurrí por ella como pude, temiendo de un momento a otro que se partiera, lo que sucedió cuando faltaba poco para llegar al suelo. Creí que me había roto algo al caer, más no fue así. Corrí como un desesperado hacia Maple Road, bordeando el río, y cerca ya de la antigua prisión tomé aliento durante unos segundos. Los del aeródromo de Holy Name se habían puesto en movimiento también, y continué hasta llegar al cruce —se volvió para mirar a Budy—. No le vi a usted, jefe, y seguí por la carretera. Tuve la suerte de encontrar un camión de pescado, y el chofer me dejó subir no sin preguntarme antes lo que sucedía. Le dije que no podía darle cuenta de nada, y que ya lo leería en los periódicos... Bixy respiró hondo un momento para terminar:

—¡Bueno! Minutos después me encontraba lejos de Joliet y de la penitenciaría... y eso es todo.

Siguió un silencio. Tehan parecía pensativo, y Budy y Luther miraban al joven con expresión de asombro. La rubia tampoco quitaba los ojos de él, como fascinada por el relato.

J. W. Tehan cerró los párpados un segundo, y se echó hacia atrás.

Dijo, sin abrirlos:

—Ha tenido suerte, Bixy; ¡mucha suerte! No es nada fácil salir de Joliet como usted lo ha hecho, y menos en las circunstancias en que se encontraba. ¿Sabe ya lo que les ha sucedido a Elk y a John?

—No he tenido tiempo de averiguarlo, señor; ¿qué fue ello?

—Cayeron presos otra vez, y me parece que lo pasarán mal. Parece ser que han «cantado», y el chofer del camión no lo pasará mejor que ellos. Se les acusa ahora de la muerte de un comandante, el comandante Hunt, creo, y temo que les espera la silla.

—Ya me figuraba yo que andaban metidos en eso también. Algo les oí decir, y por cierto que... Calló durante unos segundos.

—¡Oiga! ¿No fue el comandante Hunt el tipo aquel al que despacharon para robarle unos planos que llevaba?

Tehan entreabrió los ojos. Cambió una mirada con Budy y con Luther antes de contestar:

—La verdad, no podría asegurarlo.

Bixy sonrió suave. Se sirvió más *gin* en la copa y bebió en silencio. Cuando terminó, dejó la copa en la mesita, y se arrellanó en la butaca. Volvió a sonreír.

—Debo advertirle, señor, que no me importaba nada «aquello», ¿sabe? —se dirigió a Budy—. Escuche esto, jefe: Es posible que la policía le haga pasar un mal rato; Elk y John me dijeron algo acerca de los documentos que «limpiaron» al agregado de la Embajada, y del procedimiento que emplearon para hacerlo. Yo, de usted, tomaría precauciones.

Se sirvió más *gin,* mientras Budy y Tehan se consultaban de nuevo con la vista.

Dijo, de pronto:

—¡Bueno! Supongo que no se le habrán olvidado los diez grandes, ¿eh, jefe? Necesito «pasta» cuanto antes.

Budy se llevó la mano a la cartera sin responder. Sacó unos billetes, que depositó encima de la mesita. Bixy se hizo con ellos, guardándoselos.

Comentó:

—Verdaderamente no puedo tener queja.

Tehan iba a hablar pero se le anticipó Budy.

—¿Qué piensa hacer ahora, Bixy?

—¿Ahora? Dormir un poco. Luego...

—¿No irá a su casa, verdad?

—¿Por qué no? Lo primero que hice al salir fue eso, precisamente. Necesitaba cambiarme de ropa, y no se me ocurrió ningún sitio tan seguro como ese. La «poli» no sabe que vivo allí y...

—¿Qué hizo de la ropa que se quitó?

—Quemarla. No me convenía tenerla conmigo.

Calló Budy, y sus miradas se cruzaron otra vez con las de Tehan. Este sugirió, mirando al joven a través de sus párpados entornados:

—¿Qué le parecería cambiar de aires por una temporada?

—No estaría mal, señor; Chicago, revienta a veces.

—Y no le gustaría encontrarse cerca, ¿verdad?

—Desde luego.

—Bien. Lo más fácil será que le dé un encargo y le proporcione los medios para que se marche.

Meditó un momento, antes de alzarse del butacón. Budy, Luther, Eva y Bixy le imitaron.

—Convendría —dijo, al tiempo que se despedía de Budy— que fueran a verme mañana por la noche. Doy una pequeña fiesta entre íntimos, y tendríamos tiempo para charlar. Bixy puede acompañarles.

Se volvió a este:

—Ya lo sabe, amigo: encantado de conocerle y hasta mañana.

Salió, seguido de Budy. Luther escanció más *gin,* y bebieron el, Bixy y la rubia. Cuando apareció Budy de nuevo, se llevaban otra vez las copas a los labios. Sonó el timbre de un teléfono, y Luther se levantó para atender la llamada. Budy hizo un gesto para detenerle, y se apoderó del auricular. Enarcó las cejas.

—Diga.

—¿...?

—¿Quée?

—¿...?

—¡Un momento, Barrie; un momento! ¿Dices que están ahí?

—¿...?

—Voy enseguida. Entretenlos hasta que llegue.

Colgó el auricular, y se dirigió a Eva.

—Perdona, monada; tengo que irme al *dancing* sin pérdida de tiempo. Nos veremos más tarde —dijo a Bixy—: Parece que la policía quiere efectuar un nuevo registro. ¿Dónde nos veremos?

—No pienso salir de casa, jefe; cuando quiera llamarme, ya sabe dónde me encontrará.

—Conforme. ¿Se queda?

—No, me iré yo también; necesito descanso.

Salieron juntos. Ya en la calle. Budy se metió en su automóvil en tanto que Bixy hacía señas a un «taxi» para que se acercara. El almacén de frutos quedaba atrás, distante del portal por dónde habían salido. Eva se cogió al brazo del joven. Murmuró al oído de

él:

—Tenía ganas de que nos encontráramos solos, Bixy; cenarás conmigo, ¿no?

Bixy se abstuvo de contestar. Abrió la portezuelo del «taxi» para dejarla paso, y se acomodó a su lado en el asiento. La rubia dio una dirección, y el auto emprendió la marcha.

—¿Qué me contestas?

Se había acercado al joven, y le quemaba con su aliento. Bixy la contempló un segundo. Luego la enlazó por el talle, y juntó sus labios con los entre abiertos que se le ofrecían. La caricia se prolongó durante largo rato. Finalmente, él se apartó de la rubia, y sacando dos cigarrillos les prendió fuego dándole uno a ella. Dijo, mientras expulsaba el humo hacia el techo del «taxi».

—No, guapa, no cenaremos juntos; podría sentarnos mal la digestión.

Eva partió el cigarrillo con los dientes. Se volvió a mirarle con un peligroso brillo en las pupilas.

—¡Cerdo! ¿Qué quieres decir?

Bixy sonrió un segundo. Luego indicó con un gesto la ventanilla posterior del «taxi».

—¿Quieres mirar, nena? Antes de despedirnos de Budy, sorprendí una seña que hizo a Luther, y apostaría los diez grandes que llevo en el bolsillo a que ese tipo nos sigue en el auto que va detrás. ¡Creí que conocías mejor al jefe!

Al llegar frente al edificio donde Eva tenía su apartamento, paró el «taxi». Bixy abrió la portezuela. Al tiempo que daba un nuevo beso a la rubia, miró por el rabillo del ojo, El coche que les había seguido se había parado también unas yardas delante.

—¿Qué piensas hacer, Bixy?

—No lo sé aún, nena; todo despenderá de las ganas que tenga de reírme un rato. La empujó con dirección a la portezuela, y cerró esta una vez que ella hubo bajado. Esperó hasta verla desaparecer dentro del portal. Se inclinó hacia adelante, y, descorriendo el cristal divisorio, puso unos billetes ante los ojos del conductor.

—Oiga, amigo: ¿quiere ganarse esto?

El chofer volvió la cabeza, y le miró por encima del hombro.

—Diga, patrón: ¿qué hay que hacer?

—No es gran cosa; dar esquinazo a ese coche que está delante. ¿Se atreve?

El chofer arrebató los billetes de la mano del joven.

—Creí que era otra cosa.

Zumbó el motor. El «taxi» emprendió la marcha a buena

velocidad, y el chofer miró por el espejo, al tiempo que Bixy lo hacía por la ventanilla posterior del vehículo.

—¿Qué dirección llevamos, patrón?

—La que quiera, amigo; lo principal es quitárnoslo de encima.

Durante unos minutos, el «taxi» continuó a la misma velocidad, que únicamente cambiaba en los cruces. Bixy volvió a mirar de nuevo. El coche que les seguía mantenía la misma distancia. El joven sonrió, y abrió la portezuela del «taxi». Dijo al chofer:

—Pise a fondo, y métase por la primera callejuela que encuentre en el camino. Al llegar a ella, afloje la marcha para que yo pueda saltar, y luego siga. Será de la única forma que conseguiremos algo.

Esperó Bixy a que el «taxi» hiciera lo que había ordenado al conductor, y cuando creyó llegado el momento, saltó fuera. Corrió hasta llegar a la acera próxima y se quedó pegado a la pared, mientras el vehículo emprendía la marcha y el chofer cerraba la portezuela. Echó a andar cuando el coche que le seguía daba la vuelta a la calle. Sonrió de nuevo, y apretó el paso. Echándose el sombrero hacia los ojos se dirigió hacia la parada de «taxi» próxima, y metiéndose en el primero que encontró, dio la dirección de su domicilio. Prendió fuego a un cigarrillo mientras se acomodaba en el asiento, y entornó los ojos. Tenía un sueño infernal, y estaba cansado después del ajetreo de toda la noche.

CAPÍTULO V

El timbre del despertador repiqueteó con fuerza.

Bixy tendió la mano, sacando un brazo fuera de las mantas, y oprimió el botón de parada del timbre. Bostezó un segundo, y abrió los ojos. Dando un salto, quedó sentado en la cama. Miró la hora. Eran las doce. Se tiró del lecho, y bostezando ruidosamente al tiempo que se restregaba los ojos, se metió en la ducha. Minutos después, salía friccionándose fuertemente el cuerpo con una toalla. Se vistió aprisa, y mientras se hacía el nudo de la corbata frente al espejo, sonó el timbre telefónico.

La voz de Budy se dejó oír.

—¿Qué, muchacho, cómo pasó la noche?

—Bien del todo, jefe; ¿alguna novedad?

—Nada hasta ahora.

—¿Se sacudió a los tipos?

—Desde luego. Un poco pesados los tuve pero... no pudieron probarme nada.

—Eso es bueno, jefe; ¿qué hay para mí?

—Lo que ya sabe. Oiga, Bixy: ¿dónde vive usted? He buscado el número de su teléfono en la guía y...

—Perdió el tiempo, ¿no? Me supongo que los muchachos no encontrarían lo que buscaban en el domicilio que figura, ¿verdad?

Transcurrieron unos segundos antes de que Budy contestara.

—No me gusta eso, Bixy; creo que debería saberlo.

—¿Para qué? Así me encuentro más tranquilo. Por cierto, jefe, que no me gusta que me sigan. Dígale a Luther que otra vez se abstenga de hacerlo. Podría cansarme.

Budy lanzó una blasfemia en voz baja.

—Me gustaría saber qué juego se trae entre manos —dijo.

—El que usted sabe, jefe; y no creo que sea de broma.

—Bien. ¿Cuándo nos veremos?

—Cuando usted me diga. En estos momentos acabo de levantarme, y tengo un hambre de lobo. ¿Qué le parece si voy a buscarlo al *dancing,* para que me invite a comer?

—No es conveniente, Bixy; hágalo en cualquier parte donde no le conozcan, o no lo haga. Me parece mejor esto último.

—Seguiré su consejo en parte nada más. Sé de un sitio donde hacen pocas preguntas y no miran a la cara de los clientes. ¿Qué

hay de lo otro?

—Sigue la cosa en pie. Le llamaré a la noche o... mejor, podemos quedar ahora citados. ¿Qué me dice del «Gardfield Park»?

—Buen sitio, jefe; ¿a qué hora?

—Espéreme allí a las diez, junto a la calle Fulton.

—¿Algo más?

—Sí, esté dispuesto para la marcha, por si llegara el caso.

—Lo estaré, esté seguro de ello.

—Colgó. Terminó de ajustarse el nudo de la corbata, y sacó de debajo de la almohada la pistola que tenía oculta. Se la echó al bolsillo descuidadamente, y sacó otra pequeña, tipo «Mauser», calibre .22, de siete tiros. Quitó el cargador, y jugueteó un segundo con una pequeña bala de níquel. La volvió a poner en su sitio, e introdujo el cargador de nuevo en la pistola. Hizo funcionar el arma hasta que un proyectil entró en la recámara, y lanzó un suspiro. Entonces hizo algo. Por medio de un dispositivo especial se la sujetó en el antebrazo derecho, metiéndosela por debajo de la manga de la chaqueta. Luego se puso una gabardina encima, y tomando el sombrero se dirigió hacia la puerta. Segundos después, caminaba desenfadadamente, sin al parecer fijarse en si le seguían o no.

Entró en un bar de la calle Ciento Quince con el ala del sombrero echada hacia los ojos. Tomó asiento en un alto taburete de madera, y pidió que Te sirvieran unos emparedados. Terminaba de comer el segundo, cuando le tocaron en el hombro. Se volvió apenas para mirar. Unos ojillos se enfrentaron a los suyos. Bizqueaban bastante. El tipo, un hombrecillo insignificante, le sonrió desagradablemente por un ángulo de la boca. Entonces le reconoció: Era Limy, el preparador de boxeo de la calle Doce. Detrás de él, un robusto mocetón masticaba chicle, mirándole con indiferencia.

—Parece que nos divertimos, ¿no?

No hizo caso del tono acre de Limy ni de lo importuno de la pregunta. Fingió un bostezo, y se volvió al empleado del bar para pedirle que le llenara el vaso de nuevo.

Limy tomó asiento junto a él. Se inclinó sobre la barra.

—¡Eh, amigo, una cerveza! Este paga.

Antes de terminar, indicaba con el pulgar de la izquierda a Bixy, al tiempo que le miraba a los ojos.

El joven, sin dejar de comer, le contempló un segundo.

—¿Estás seguro?

Limy volvió a sonreír por el ángulo de la boca.

—Te conviene, amiguito; sé algo.

Dirigió su sonrisa al mocetón que estaba tras ellos, y añadió indicándoselo a Bixy:

—Te presento a Peeler; es el hermanito de Dawes, ¿comprendes? Está muy interesado por tener noticias, y vas a dárselas cuando terminemos. No creo que te niegues.

—¿Por qué?

—Lo discutiremos en otro sitio. Anda, date prisa y termina pronto. Tenemos que hacer.

El joven se encogió de hombros, y continuó masticando. Limy apuró su cerveza y se alzó del taburete, echándose atrás. Volvió a tocar en el hombro a Bixy.

—¿No has comido bastante?

Sujetó la mano de Peeler cuando esta se disponía a coger a Bixy por el cuello de la chaqueta.

—¡No, eso no! Espera aún.

El joven acabó de comer, y echó unas monedas en el mostrador antes de deslizarse al suelo. Contempló durante un segundo a los dos hombres que le observaban.

—Bien. Soy todo oídos.

—Vamos fuera —respondió Limy—. Mi casa no está lejos.

Salieron del bar. Peeler se colocó a su derecha y Limy a su izquierda. Parecía contento este último por el resultado, Sonreía sin cesar, y bizqueaba más que antes. Enfocaron una callejuela sucia, y entraron en un portal de carcomidas escaleras. Subieron tres tramos de escalones, y Limy empujó una puerta tras haberla abierto con una llave que sacó del bolsillo.

Se hizo a un lado, y Peeler empujó al joven hacia el interior. Al tiempo que Bixy avanzaba hasta el centro de la reducida estancia, oyó cerrarse la puerta y dar la vuelta a la llave de la cerradura. Se volvió para mirar por encima del hombro. Limy le sonrió una vez más al encontrarse con su mirada.

—No quiero que nos molesten, ¿sabes? No tienes nada que temer.

A Bixy le tocó sonreír ahora.

—¿Te parece que temo algo?

El preparador pareció no darse cuenta del alcance de esta pregunta. Se quitó el mugriento sombrero, y lo sacudió durante unos segundos. Luego fue a tomar asiento en una desvencijada silla, frente a una mesa de pino. Tabaleó en ella con los dedos. Bixy se había quedado plantado de pie en medio del cuarto, y Peeler había ido a dejarse caer contra la puerta de entrada, apoyándose en ella.

Transcurrió un segundo sin que ninguno de los tres hablara.

—¿Empezaremos ya? —inquirió Limy.

El joven se encogió de hombros.

—¿Qué pasó con Dawes?

—Mejor será que se lo preguntes al director de la prisión; ¿no te parece?

Limy arqueó una ceja, y Peeler se llevó la mano a la axila.

—¿No quieres responder a eso?

—No tengo por qué hacerlo, Limy; si lo que querías era preguntarme lo que ocurrió allí, me figuro que ya te habrás enterado por los periódicos.

—¿Murió, no? —volvió a preguntar el preparador, sin hacerle caso.

Bixy se encogió de hombros otra vez.

—Parece que has tardado tiempo en enterarte.

—¿Cómo es que te fugaste tú solo?

—Me abrieron la puerta, Limy; el director es amigo mío.

—¿Sí? ¡Vaya! ¿Y qué más?

—Me llevó en su coche hasta mi casa. No me costó mucho convencerle para que lo hiciera.

Rio descaradamente, pensando que tanto Limy como Peeler no podrían suponer que les estaba diciendo la verdad en aquellos momentos.

Limy achicó los ojillos, e hizo una mueca de cansancio.

—Te convendría hablar, Bixy; el hermanito de Dawes se está poniendo nervioso.

—¿Ah, sí?

Peeler sacó la mano de la axila, empuñando una pistola con silenciador. Se aproximó a él, sin dejar de apuntarle.

—¡Arriba las manos! Tú, Limy, ve si tiene alguna herramienta, y quítasela. No le pierdo de vista.

El preparador se alzó de la silla, colocándose al lado derecho de Bixy para no interponerse entre los dos. Registró los bolsillos del joven, quitándole la pistola que encontró en ellos y un fajo de billetes. Silbó, mientras los contaba.

—¡Hola! No sabía, que fueras tan rico. ¿De dónde los has sacado?

El joven le contempló un segundo. Preguntó a Peeler, quién se le había aproximado también:

—¿Bajo los brazos ya, o continúo haciendo números de circo?

La zurda de Peeler le golpeó en la boca con fuerza.

—¿Quieres callarle? —se volvió a Limy un segundo para decir—:

¿Qué supones?

El hombrecillo se pasó la lengua por los labios, mirando los billetes. Dijo de pronto:

—Me gustaría saber quién se los ha dado, y por qué lo hizo. No creo que se los encontrara en la calle.

Peeler afirmó con el gesto, y clavó el cañón del arma en un costado de Bixy.

—¿Qué respondes?

Aquel le miró a los ojos.

—¿Conoces a Budy, no?

—Sí.

—¿Por qué no se lo preguntas? Él podría decir algo, si quisiera.

Limy cambió una mirada con Peeler, y se dirigió de nuevo hacia la mesa. Marcó un número en el disco telefónico, y luego se llevó el auricular al oído.

—¡Oiga!

Habló durante unos minutos sin interrupción. Cuando terminó de hacerlo, la expresión de su cara era distinta. Hizo una indicación a Peeler, y este guardó la pistola en la sobaquera. Se contemplaron los tres de nuevo.

—¡Bueno! ¿Qué te ha dicho?

Peeler había hecho la pregunta al preparador, pero fue el joven quien se encargó de contestarla.

—¿No te lo figuras? Esos billetes me los dio Budy, y se lo habrá dicho así a tu compadre. Te creía más listo.

Avanzó unos pasos, y arrebató los billetes de las manos de Limy. Este dio un rugido, al tiempo que Peeler se arrojaba contra el joven como un ciclón. El puño de Bixy se le incrustó en la mandíbula, y cayó de espaldas. Dio con la cabeza en la pared y se fue escurriendo por ella poco a poco, hasta quedar sentado en el suelo. Limy empuñó la pistola que había quitado al joven, y le apuntó con ella.

—¡Maldito! —exclamó—. Ahora verás.

Bixy se volvió rápido. De su mano derecha brotó un chorro de fuego, y el preparador bizco movió un ojo espasmódicamente, al tiempo que el otro se le llenaba de sangre y la cabeza salía lanzada hacia atrás golpeada con fuerza. Cayó de espaldas, arrastrando la silla. Bixy se dirigió a él. Una mirada le bastó para convencerse de su puntería, y al tiempo que lanzaba una ojeada a Peeler, quien continuaba en el suelo, susurró, mientras descolgaba el receptor telefónico:

—Ya me parecía que terminarías por pagar tú.

Marcó un número, y bajó la voz al hablar:

—Oiga: Al habla Evelyn... Sí, sí, Evelyn... ¿Qué? ...No, nada de eso... Estoy en un cuchitril de la calle Ciento Veintisiete... El 11, creo que es... Sí, el once... Pueden mandar la ambulancia. Hay un tipo aquí que... Conforme, llamaré luego.

Puso el auricular en la horquilla, y se dirigió hacia la puerta. La pequeña «Mauser» había vuelto a desaparecer en su antebrazo derecho. Retrocedió de pronto para apoderarse de la pistola que le quitó Limy al cachearle, y se la echó al bolsillo. Tuvo necesidad de apartar con el pie a Peeler cuando quiso abrir, y al ver que parecía recobrarse, le golpeó de nuevo en la barbilla. Cerró la puerta, y echó en un rincón del oscuro pasillo la llave que cogió al preparador. No tuvo encuentro alguno al bajar los escalones, y minutos después se encontraba en la calle.

Echó a andar, al tiempo que prendía fuego a un cigarrillo. Desanduvo lo andado hasta llegar a la calle Ciento Quince, y en el momento que doblaba la esquina de esta llegó hasta él el repiqueteo de la campanilla de la ambulancia, y el agudo silbido de una sirena. Sonrió, y continuó andando. Al cabo de unos minutos se hallaba en las cercanías de su calle, y en el instante que iba a cruzar de acera, pasó un «taxi» por su lado y tuvo necesidad de apresurarse para que no le pillara. Juró en voz baja, maldiciendo al conductor, y prosiguió la marcha hasta desaparecer por la puerta de entrada a su domicilio. Apenas lo hizo, el «taxi» dio la vuelta, y la cara de Luther asomó por la ventanilla del coche, mientras sus ojos se fijaban en el número de la casa donde entró Bixy. Este llegaba ya a la puerta de su apartamento, cuando el «taxi» emprendía la marcha de nuevo en dirección contraria. El joven abrió, y se dirigió al dormitorio. Una vez en él se quitó la gabardina, el sombrero y la chaqueta, y se dejó caer en la cama, ahogando un bostezo con la mano.

* * *

Las diez en punto marcaban las manecillas del reloj que se había comprado, cuando le pareció ver un auto que se aproximaba hacia la esquina de la calle Fulton. Los faros delanteros le dieron en la cara, resguardada esta por la amplia ala del sombrero. Se volvió disimuladamente, y paseó despacio por la acera mirando hacia Gardfield Park, pero también mirando de reojo al auto que se acercaba por el bordillo.

Dio la vuelta entonces, y la portezuela de aquel se abrió. La voz de Budy sonó dentro del coche.

—Suba, Bixy.

El auto estaba a oscuras en el interior y, al meterse en él, pisó sin querer a alguien. El perfume de Eva llegó a su olfato, a la vez que las palabras de ella.

—Tenías que ser tú quien me pisara.

Trató de excusarse. La rubia le pellizcó en el brazo.

Budy volvió a hablar de nuevo.

—En marcha, Abe; da la vuelta, y métete por la Grande Avenida. Tenemos tiempo. El auto describió una cerrada curva. Budy se llevó el cigarrillo que fumaba a la boca, y Bixy sorprendió la aguda mirada de sus ojos.

—¿Qué, comió al fin?

—¡Claro, jefe! No iba a dejar de hacerlo.

Rio Budy en la oscuridad.

—Se expone mucho, muchacho, y eso no me gusta. Menos mal que no tendrá que hacerlo en adelante de esa manera.

—¿Sí? No sabe cuánto me alegra la noticia, jefe; voy estando cansado de ocultarme de unos y otros.

La rubia le oprimió la pierna.

—¿Sabes? Hay un revuelo enorme con tu fuga, y la radio no hace más que hablar y hablar de ti. Desde los tiempos de Al Capone que no habían gritado tanto.

—Bueno. Eso quiere decir que soy popular; ¿no?

—Algo hay de eso, Bixy —replicó Budy—. Claro que tanta popularidad no es buena para la salud, y hay que poner remedio ahora que se puede. ¿Preparó sus cosas?

—A punto están, jefe; tan pronto como me diga, me largo.

—Veremos lo que se hace. De todas formas, bueno será que se vaya haciendo a la idea.

—¿Saldré de los Estados?

Budy volvió a llevarse el cigarrillo a los labios, y expelió el humo con fuerza antes de contestar. Sacudió la ceniza con el meñique.

—Pues... no lo sé aun. ¿Le importaría mucho?

—¿A mí? Nada. Lo mismo me dé estar en Norteamérica que en cualquier parte. ¡Claro que siempre que haya forma de ganarse la vida!

Eva rio de buena gana, y Budy dio otra chupada al cigarrillo. Sus pupilas brillaron de nuevo.

—Puede tener la seguridad, Bixy, de que se la ganará bien.

El joven arqueó las cejas y entornó los párpados. La respuesta de Budy le sutilizo a medias. ¿Habría querido decirle algo más?... Sintió que la rubia le cogía una mano, y se libertó de ella sin violencias. No quería exponerse a última hora. Ella le dio un codazo

y le pisó adrede. Luego se apartó de él.

El auto aminoró la velocidad, deteniéndose a poco frente a un edificio cuya iluminación interior llegaba a la calle a través de los balcones. La portezuela se abrió para dejarles paso, y un galoneado portero les saludó, sosteniendo con una mano la portezuela. Bixy ayudó a la rubia a salir, mientras Budy cambiaba unas frases con el chofer. Penetraron en el edificio, y subieron por una amplia escalera de mármol. Un criado se encargó, por orden de Budy, de anunciar su llegada. Pasaron a un pequeño salón, en el momento que sonaba en este música de baile y alegres palmoteos. La luz de numerosas arañas les dio de lleno en el rostro. Un criado les ayudó a desposeerse de las prendas de abrigo, antes de entrar y la figura de J. W. Tehan apareció a la entrada del salón donde se veían ya numerosas parejas.

Se adelantó, con la mano extendida.

—Les esperaba —dijo—. Iba a tomar un «Seagram's V. O.», en este momento. Lo tomaremos juntos.

Dio el brazo a la rubia, y seguido de Budy y Bixy se dirigió con ellos al *buffet*. Hizo una seña al criado que se encontraba allí.

—Que sean tres, Conant; date prisa.

Bebieron en silencio. Bixy echó una mirada al salón y a sus ocupantes, dándose cuenta de que algunos de ellos le miraban de soslayo. Eran todos a la mayoría, gentes de porte distinguido, pero había algo en ellos que no terminaba de agradarle.

J. W. Tehan dejó su copa, y se volvió al joven.

—¿No baila, Bixy? Supongo que no le desagradaría hacerlo.

—En efecto, señor, no me desagradaría pero... ¡no veo cómo!

—¡Bah! ¿Por qué no lo hace con Eva? Budy y yo lomaremos otra copita mientras ustedes bailan.

El joven sonrió, y afirmó con el gesto. La invitación que terminaba de hacerle Tehan significaba una orden para que se alejase, y así lo comprendió. Dio el brazo a la rubia, y se dirigió con ella a la pista.

Eva se ciñó a él, murmurando junto a su oído:

—¿Qué te parece esto?

Bixy la miró de reojo.

—¿El qué?

—Esto, el salón y todo lo demás.

—¿Quién es el tipo?

Ella rompió a reír.

—¿Contestas siempre con preguntas a las que le hacen?

—Depende. En cierto modo, voy interesándome.

—¿Te agrada él?

—¿Y a ti?

—Mucho.

—¿Lo sabe Budy?

Eva le miró a los ojos con ira.

—¿No sabes hacer otra cosa que herirme con tus palabras, Bixy?

Este la calmó, estrechándola contra su pecho.

—Sé hacer algo más, nena; te lo demostraré algún día.

—Eso mismo me estás diciendo desde que te conozco. ¿Cuándo crees que llegará ese día que dices?

—Antes de lo que te figuras.

La volvió a apretar contra él, y murmuró en un susurro, sin apenas mover los labios:

—¿Es el jefe, no?

—Sí, es el jefe.

—Ya, un tipo listo, ¿no? Mientras los demás actúan, él se queda en casita como si tal cosa. Debí figurármelo.

—¿Qué más le figuras?

—Todo. Que Budy es el hombre de paja y que…

—En eso te equivocas, Bixy; no niego que Tehan sea el jefe en cierto modo, pero Budy lo es también, aunque de otra manera.

—Oye guapa, si crees que estoy para acertijos, mejor será que te calles. Ese tipo ¿es el jefe o no es el jefe?

—Sí y no, ya te lo he dicho. Es el jefe cuando hay que realizar ciertos trabajos. Entonces manda el, y Budy hace que se cumplan sus órdenes. Luego… Budy vuelve a ser Budy y a manejar sus negocios.

—¡Ah, ya! De modo que es como si dijéramos un socio más, ¿no es eso? Apuesto uno de los grandes a que lo del comandante Hunt y lo del agregado de la embajada fueron cosas suyas.

Ella afirmó en silencio. Miró descaradamente a los ojos del joven, y acercó su boca a la suya.

—¿No vamos a hablar de otra cosa, querido?

—Pues… sí, ¿dormiste bien anoche?

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Tenía mucho en qué pensar.

—¿Qué era ello?

—Una fruslería. Una rubia estupenda a quién besé en un «taxi».

Eva se le aproximó más aun, y Bixy se vio obligado a ladear la cabeza para evitar encontrarse con la entreabierta boca de la rubia.

Ella dijo:

—De esta noche no pasa, ¿oyes? Te esperaré en mi apartamento,

sea la hora que sea. Tengo muchas cosas que contarte, y hasta, ¡quién sabe si me iré contigo adónde vayas!

—No sé si podrás hacerlo, preciosa; voy más lejos de lo que te imaginas.

Eva se echó hacia atrás. Clavó en él una mirada entre sorprendida y desconfiada.

—¿Lo sabes?

Sonrió Bixy.

—No guapa, no lo sé; pero estoy seguro de lo que he dicho.

El baile había terminado en aquel momento, y lomándola del brazo se encaminó con ella adonde le esperaban ya Budy y Tehan fumando un cigarrillo.

—¿No la molestará quedarse sola un momento, verdad? —preguntó Tehan a la rubia, sonriéndole de una manera agradable—. Es cuestión de unos minutos tan solo, y estamos de vuelta enseguida —y añadió, al tiempo que tomaba del brazo a los dos hombres—. Se los devolveré íntegros.

Salieron los tres del salón. J. W. Tehan condujo a sus invitados por un alfombrado pasillo hasta una puerta de roble que abrió con una pequeña llave que llevaba colgada de una cadenita. Les invitó a pasar, y cerró la puerta a sus espaldas. Tomaron asiento junto a una barnizada mesa. Bixy esperó a que hablaran. Lo hizo Tehan.

—Bien, amigo; cuando le dije a usted ayer que lo más fácil sería que le proporcionase los medios para que saliera de Chicago, no trataba simplemente de hacer frases, a las que no estoy acostumbrado por cierto; simplemente, quise darle a entender que lo liaría y... creo que ha llegado el momento de demostrárselo. En primer lugar, ¿qué le parecería si le ofreciese una suma igual a la que le entregó Budy?

—Bien, señor; lo único que falta por saber es si el trabajo es superior a esa suma.

Parpadeó Tehan.

—Hable claro.

—Lo haré; cuando a un hombre como yo se le ofrece una cantidad semejante, es de suponer que hará preguntas y...

—No me gusta que las hagan.

—Eso tiene un precio.

—¿Cuánto?

—Pongamos otra suma igual, y mándeme al infierno si quiere.

J. W. Tehan meditó un segundo. Budy había enarcado las cejas y achicado los ojos; su mano se movió ascendiendo por la pechera de la almidonada camisa pero se detuvo al ver fijos en él los ojos de

Bixy.

Tehan esbozó una sonrisa al darse cuenta de la maniobra.

—No —dijo.

El joven le miró a él.

—Me lo esperaba —repuso suave.

—Qué se esperaba ¿qué? —preguntó Tehan.

—Ese no.

Parpadeó aquel como si no hubiera comprendido, y finalmente volvió a sonreír al darse cuenta de la confusión de Bixy.

—Escuche una cosa: ¿sabe lo que le ocurriría si le pillaran?

—Sí.

—Y… a pesar de ello, se atreve…

—¿Por qué no? Demasiado sé que mi situación no es nada ventajosa, pero pudiera serlo, y es lo que trato de conseguir. Usted necesita de un hombre, y yo de otro; lo fundamental es saber quién a quién se favorece en la presente ocasión.

—Y usted, ¿qué opina?

—Que seré yo quien le favorezca.

—No está mal, amigo; veo que usa el cerebro, y me agrada que así sea. ¿Ha pensado alguna vez que podría denunciarle a la policía?

—Ya lo hice, señor.

—¿Y bien?

—Sé que no lo hará.

—¿Por qué causa?

—Estando yo aquí, no se atrevería. Fuera… no le valdría de gran cosa.

Cambiaron una nueva mirada Budy y Tehan, y el primero llevó otra vez su mano a la altura de la camisa.

—¿Es su último precio, Bixy? —preguntó, suave, el segundo.

—Mi último, señor; recuerde que aún no me ha dicho lo que hay que hacer, y siendo así pudiera ser fácil que resultara pequeño.

—¿Y si no lo fuera?

—Significaría que me había equivocado, y rechazaría la mitad de la suma indicada.

—¿Haría usted eso?

—¡Naturalmente! No me gusta estafar al que me paga para que trabaje a su servicio.

Volvieron a consultarse con la vista Budy y Tehan, y este se alzó de la butaca iniciando una serie de paseos por la habitación. Plantóse a poco en el centro de ella y dijo:

—Lo pensaré, Bixy; ¿quiere hacer el favor de dejarnos unos minutos solos? Puede ir al salón, si quiere. Le mandaré aviso

cuando hayamos terminado de hablar.

El joven se alzó del asiento, dirigiéndose hacia la puerta. Al cerrarla, sorprendió un gesto de ira en la cara de Budy.

Caminó por el pasillo hasta llegar al salón de nuevo, y se dirigió hacia el *buffet* dispuesto a tomarse un *whisky*. La orquesta tocaba una melodía de moda, y los bailarines se contorsionaban en la pista. Acodóse en el *buffet* al llegar, e hizo una seña al encargado de él.

—¿Un *whisky,* quiere? —Se inclinó para decirle—: ¿Desde dónde podría hacer una llamada?

—Tiene un teléfono el señor en aquella salita —indicó el sitio con la mano—. ¿O prefiere hacerla desde aquí?

—No se moleste; iré a la salita.

Echó a andar mientras el criado escanciaba el *whisky*. Franqueó la puerta de la salita, y cerró tras él para asegurarse. En dos zancadas se acercó al auricular, levantándolo del soporte. Marcó un número.

—Oiga, habla Evelyn.

La voz que contestó a su llamada parecía colérica.

—¿Qué hace que no me ha llamado antes, Bixy?

—No tuve tiempo, jefe, ya le explicaré.

—¿Desde dónde llama?

Rio el joven un segundo.

—Parece que le interesa, ¿eh? Bueno, se lo diré enseguida: Estoy en casa de un tal J. W. Tehan, Avenida Des Plaines River. Ignoro el número pero no creo que le cueste mucho averiguarlo. Es el tipo que buscábamos, jefe; ya se lo habrá figurado, por supuesto.

—¿Qué más?

—Nada, por ahora. Me han comisionado para hacer un viaje y… acertaría si le dijese para qué. Se tratará de llevar algún «encarguito» ¿no cree?

—¿Se lo dieron ya?

—Ya le he dicho que se tratará seguramente de ello. Ahora están pensándolo, y…

—Oiga, Bixy ¿Se ha enterado de la noticia?

—No ¿Cuál es ella?

—Escúchela: Hace una hora… Bixy apartó el auricular. Oía ruido de pasos a la entrada. Colgó el micro, y se dirigió hacia la puerta en el momento que esta se abría apareciendo Judy en el marco.



Salió custodiado por dos policias...

Silbó Bixy, agrandados los ojos por la sorpresa, en tanto que ella los abría también al reconocerle. La muchacha apretó los dientes y avanzó a su encuentro, cerrando de golpe la puerta.

—¿Qué hace usted aquí?

Se la quedó mirando un segundo.

—Vamos, nena, ¿no ira a decirme...?

—No voy a decirle nada. Le pregunto qué hace usted aquí.

—¿Aquí?... Pues ya lo ve. Me aburría en el salón, y decidí aislarme. No creo que vea mal en ello.

—Si lo veo o no, no es cuenta suya. ¿Se marcha, o espera que llame para que lo echen?

—Calma, preciosa; ¿por qué quiere echarme?

—¡Y lo pregunta! Verdaderamente no le suponía tan cínico. Se mete en esta casa y...

—¡Alto, alto, nena! No me he metido en esta casa: He sido invitado.

—¡Vaya! Querrá hacerme creer que mi tío...

—¿Su tío?

—¡Naturalmente que mi tío! James Wald Tehan es tío mío. ¡Vamos, es hermano de mi padre!

—¿Eh?

—Parece que le sorprende, ¿verdad? No suponía usted que se diera esa circunstancia.

Bixy entornó los párpados. Por unos momentos quedóse contemplando a Judy, y tomando rápidamente una resolución, se aproximó a ella cogiéndola por un brazo que sé le resistió fieramente.

—Oiga, señorita —dijo, mirándola fijamente—. Haga el favor de estarse quieta un minuto, y de escucharme lo que tengo que decir. No se trata de hacerle una jugarreta si es que teme eso. Se trata de algo más importante para usted. Mejor dicho, para los dos —afirmó nuevamente Con el gesto a una rápida mirada de ella, y prosiguió, soltándola del brazo pero haciéndola girar, no obstante, hasta quedar frente a él—: Le juro que no voy a engañarla ni tampoco a hacerle perder el tiempo. Aunque no me crea, no entré aquí para robar; ¿lo oye?

Claro que lo oigo. ¿Se ha creído que soy sorda?

—No, no me lo he creído; mas lo que yo quiero que crea...

—Oiga: ¿por qué se esfuerza en ello? La policía le busca por robo a mano armada, a más de su fuga de la penitenciaría de Joliet. ¿Tiene algo que decir a eso?

—Lo que tengo que decir lo va a saber ahora: ¿Dice usted que James Wald Tehan es tío suyo?

—Sí; ¿qué hay de particular?

Bixy apretó las mandíbulas.

—Lo que hay de particular o no, lo sabré dentro de unos minutos. Para entonces...

—Para entonces será tarde, ya que no pienso seguir

escuchándole. ¿Se va o no?

—No.

Giró Judy sobre los pies, e hizo ademán de abrir la puerta. Bixy se lo impidió, poniéndosele delante.

—Aguarde un momento. Asegura usted que James Wald Tehan es tío suyo, y la creo. Contésteme a una pregunta, ¿quiere? ¿Qué hace usted aquí?

Ella le miro con sarcasmo antes de contestar:

—No tengo inconveniente en decírselo: Vine a verle.

—¿La invitó?

—No. ¿Está satisfecho?

Respiró él como si le hubiesen quitado un peso de encima.

Preguntó de nuevo:

—¿Sabía usted que daba una fiesta esta noche?

Judy le contempló fijamente. La pregunta del joven había llegado a interesarle.

—No, no lo sabía —confesó—. De haberlo supuesto, no habría venido sin avisar.

—¿Por qué no? —Las pupilas de Bixy centellearon—. ¿No irá a decir que no le gustan los invitados?

—¿Y si así fuera?

Sonrió él, complacido. Asintió con la cabeza a la pregunta de Judy, y se apartó dejando la puerta libre.

Dijo:

—Se sorprendería si le dijese que tampoco son de mi agradó.

Le miró ella, sin comprender.

—Puede salir si lo desea, Judy. Nunca pensé, cuando nos encontramos en su auto, aquella tarde, que la conversación que íbamos a mantener un día resultara tan interesante como esta. ¿Se coge de mi brazo o prefiere ir sola? La acompañaré hasta el salón. Tengo en el *buffet* preparado un *whisky,* y pienso tomármelo. Su tío no tardará en dejarse ver de nuevo.

Abrió la puerta de la salita, y ofreció su brazo a la joven. Ella pasó por su lado aparentando no haberlo visto. Se detuvo, no obstante, para decirle:

—Váyase, ¿quiere? No diré nada.

—Gracias, nena; lo haré dentro de poco, y espero que para entonces usted se haya ido también. No le gustaría el final.

Siguió andando hasta llegar al *buffet*. El criado le sonrió indicándole él *whisky,* y pareció sorprenderse un segundo a la vista de Judy. Esta echó una ojeada al salón, y fue a colocarse junto a Bixy, al tiempo que sonreía al criado.

—¿Dónde anda mi tío, Rush?

—Estará en su despacho, señorita; hace un momento le vi ir allí con… este caballero —indicó a Bixy con un gesto— y con otro. ¿Quiere que le diga…?

—No, no le moleste ahora; prepáreme un combinado; ¿quiere?

—¡Al momento, señorita… al momento!

Mientras Rush se volvía de espaldas para tomar unas botellas, ella se aproximó a Bixy para decir:

—¡Lárguese! No le será difícil hacerlo y… y… huir con mi coche. Lo encontrará a la puerta del edificio.

El joven se volvió, a la vez que dejaba su copa. Se la quedó mirando. En aquel momento le pareció sorprender, por encima del hombro de Judy, las miradas de algunos de los bailarines que se encontraban en la pista. Lo que leyó en aquellas miradas le causó escalofrío. Disimuladamente, miró hacia la salida. Lo que vio, le gustó aún menos. Varios tipos se habían estacionado allí sin perderle de vista un segundo tan solo. Volvió la cabeza atrás. Eva se le aproximaba en aquel instante, y los músicos de la orquesta iniciaban los compases de un ensordecedor «mambo» a petición de un tipo que le sonrió desagradablemente, enseñando los dientes.

Bixy procedió con rapidez. Inclinándose junto a la joven, murmuró en su oído:

—Escuche: Algo va a ocurrir, y pronto. Déjeme solo y esté alerta. Si me ve salir con dificultades, no haga nada; de lo contrario, llame al 101-A, y diga a quién se ponga al aparato lo que ha visto. Dé mi nombre, ¿oye? No lo olvide.

Judy le miró un segundo, sin comprender. Iba a decir algo pero Rush se volvió a ellos en aquel instante, al tiempo que la rubia se aproximaba a Bixy tocándole en el hombro.

—¿Es que no quieres bailar conmigo?

Se volvió.

—Como quieras, guapa, pero bebamos antes.

La rubia se colocó a su lado, no sin antes lanzar una terrible mirada a Judy.

—¿Quién es ella? —preguntó al joven, en un susurro.

Bixy se encogió de hombros, sin responder. En aquel momento apareció Budy en el salón y se dirigió en derechura hacia el *buffet,* sonriendo levemente al verles juntos. Se aproximó despacio, recorriendo el salón con la vista.

—¿Se aburrió mucho, Bixy?

Este hizo un gesto negativo, al tiempo que indicaba a Rush que le llenara de nuevo la copa.

—¡No! —indicó—. Mejor será que venga conmigo. Beberemos con Tehan en su despacho.

Dirigió una mirada a la rubia.

—¿No me dices nada, nena? ¿Cómo lo pasas?

Arrugó ella el entrecejo, y se le quedó mirando.

—Supongo que será obligado decirte que bien; ¿no? Pero hasta ahora puedo jurarte que no me he divertido ni pizca.

—¡Vamos, no digas eso! Aún no ha empezado el baile. Ven con nosotros si quieres, y te prometo que lo pasarás mejor que hasta la fecha.

La cogió del brazo antes de que Eva pudiera negarse, y con la mano libre palmeó al joven.

—¿Vamos, amigo?

Salieron del salón. Judy les vio desaparecer por la puerta que comunicaba con el pasillo, y se humedeció los labios con la lengua. Había creído observar en Bixy una mirada de inteligencia antes de perderle de vista. Se volvió a Rush. Este se hallaba atareado sirviendo bebidas, y no parecía prestar gran atención a la muchacha. Alargó el brazo para apoderarse de una botella, y se sirvió una copa. Bebió a pequeños sorbos. Mientras lo hacía, un tipo se aproximó a ella pidiéndole un baile pero negó con los ojos sin dejar de beber. Colocó la copa sobre el mostrador y entornó los párpados, tratando de recordar las palabras de Bixy. Había dicho esto: que si le veía don dificultades para salte, que llamara al 101-A, y que diera el nombre de él a quién cogiera el teléfono. ¿Qué misterio era ese? Apretó las mandíbulas y bebió de huevo hasta apurar el contenido de la copa. Luego se volvió de espaldas y quedó con la mirada fija en el punto por dónde vio desaparecer a Bixy, diciéndose que no se apartaría de allí hasta volverle a ver aparecer por la puerta.

CAPÍTULO VI

J. W. Tehan arrugó el hocico al ver entrar en el despacho a las dos hombres en compañía de la rubia. No dijo nada pero se quedó mirando a Budy de una manera significativa, y este se vio precisado a dar una explicación:

—Se aburría en el baile, y la he traído con nosotros —y añadió—: Aquello parece que se está poniendo pesado.

Tehan se abstuvo de responder. Se habían levantado de la butaca, y sonrió a Bixy. Hizo un ademán indicando que tomaran asiento, y esperó a que lo hicieran para sentarse él de nuevo en la butaca.

Entornó los párpados un segundo, y fijó por fin la mirada en el joven.

—Bien. Creo que llegaremos a un acuerdo respecto a lo que hablamos antes. No tengo inconveniente en darle lo que pedía, si está dispuesto a servirme sin reservas. ¿Qué dice?

El joven afirmó en silencio. Por el rabillo del ojo contemplaba a Budy, y le pareció notar que este le sonreía de diferente manera que hasta entonces. Eva, por el contrario, parecía interesada en la conversación.

J. W. Tehan se reclinó en la butaca.

—Entonces, no hay nada más que hablar, amigo.

¿Tiene todo dispuesto para la marcha?

—Sí.

—¿No le retiene nada en los Estados?

—En absoluto.

—¿Familia?

Volvió a negar el joven.

—¿Ha pensado en la posibilidad de que la policía pudiera echarle mano antes de cumplir su cometido?

—No. No he pensado en eso por la sencilla razón de que aún no sé qué clase de cometido es ese.

Los labios de J. W. Tehan se curvaron.

—¡Ya! —exclamó—. No obstante, habíamos quedado en que usted no haría preguntas.

—No las haré.

—¿Entonces?

—Pero... ¡naturalmente! no tendrá más remedio que decirme lo

que tengo que hacer, creo.

—Eso es verdad —se inclinó hacia adelante en la butaca—. Su misión no puede ser más sencilla: Entregará un paquete.

—¿A quién?

Chasqueó Tehan la lengua, desaprobando.

—Habíamos quedado en que no haría preguntas —repitió.

Bixy sonrió esta vez.

—Desde luego, tiene razón.

—Así, pues... ¿está dispuesto?

—¿Lo estoy?

—¿Sin importarle a dónde tiene que ir y cómo?

—En absoluto.

—Y... volviendo a lo de antes: Si la policía fuera a echarle mano, ¿qué haría?

—Destruir el paquete.

—Conforme. Eso es todo lo que quería saber.

Se alzó de la butaca, dirigiéndose a un ángulo del despacho. De un pequeño mueble sacó un paquete cuidadosamente envuelto, que colocó en las manos del joven.

—Ahí lo tiene.

Bixy se puso en pie. El corazón le brincaba en el pecho.

Preguntó:

—¿La pasta?

Las pupilas de Tehan relampaguearon de una manera fugaz.

—No se preocupe; le darán lo acordado a su debido tiempo.

Budy se había alzado también de la butaca, sin dejar de sonreír, colocándose a un lado de Bixy. Este se guardó el paquete en uno de los bolsillos.

—Bien. ¿Cuándo es la marcha?

—Ahora.

—¿Cómo?

James Wald Tehan amplió su sonrisa.

—Esperaba que dijera eso. Hay un auto a la puerta, y en él le conducirán a su destino. Será fácil la cosa. Por el camino, le darán detalles.

—¿Nada más?

—Nada más.

El joven miró a Budy y a la rubia, y se dirigió hacia la puerta. Tehan le contuvo a punto de salir.

—¡Ah! Espere. ¿Sabe las últimas noticias?

Bixy le miró por encima del hombro.

—No. ¿A qué noticias se refiere?

—A las llegadas de la prisión. Parece ser que a John le ajusticiarán mañana y que... Tornó a sonreír, ahora con cierta dureza.

—... que Elk se ha fugado.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento, apareciendo el aludido empuñando una pistola. Luther estaba con él, llevando un bulto bajo el brazo. El movimiento de Bixy fue cortado por la perentoria orden del hombre.

—¡Arriba las manos, Bixy! Arriba las manos, y no te muevas si no quieres que te ase aquí mismo.

Eva se puso, de un salto, en pie. Elk avanzó sin dejar de apuntar al joven con la pistola. Luther arrojó el bulto a los pies de Bixy.

—Ahí tienes, hermano: tu uniforme.

Las ropas que el joven se quitara al salir de la penitenciaría, aparecieron ante sus ojos. Budy se le aproximó en aquel momento, golpeándole en la boca:

—¡Cochino soplón!

Bixy aguantó el golpe a pie firme, y sonrió desdeñoso. Un nuevo puñetazo en el mismo sitio hizo que brotara la sangre.

—¡No le pegue más, Budy! —ordenó Tehan—. Ya habrá tiempo para todo.

Se aproximó al joven, quitándole el paquete que le dio. Lo mismo hizo con la pistola que le encontró en el bolsillo.

—¡Bien, amiguito; bien! ¿De manera que se escapó de Joliet? ¿No tiene nada que decir Bixy... Hunt?

Volvió a sonreír.

—¿De modo que ha estado engañándonos, eh? —se metió la mano y sacó unos papeles—: Bixy Hunt, Agente especial del M... I... B... Contraespionaje, ¿no? ¡Vaya, vaya!

Luther dio la vuelta, colocándose a la espalda del joven, y la rubia rechinó los dientes y avanzó unos pasos.

Prosiguió Tehan:

—Ahora me explico que se escapara tan fácilmente. Debió resultarle un juego, ¿verdad? Claro que es un juego peligroso, y no podrá contarlo de nuevo. Y... dígame, Bixy: ¿Es usted, por casualidad, familiar del comandante aquel que murió no hace mucho?

Las mandíbulas del joven se crisparon pero su mirada se mantuvo firme. Replicó suave:

—Ya que me lo pregunta, se lo diré: Soy hijo suyo.

—Ya. Hijo del comandante, agente secreto y vengador, ¿no es así? ¡Lástima que no haya podido concluir su obra!

—Se equivoca, Tehan; la cumpliré, y no tardando mucho. Si no lo hice antes, era porque no estaba seguro del hombre que buscaba. Ahora, sí.

—¿Y ese hombre?

—Ese hombre es usted.

J. W. Tehan dejó escapar una sonrisita, y se incorporó con lentitud. Avanzó despacio, hasta situarse a un costado de Bixy.

—¿Coque era eso, eh? Ya me lo figuraba. ¡Bueno, bueno! Suerte he tenido entonces de que se fugara Elk, antes de entregarle los documentos.

Volvió a reír.

—¡Y decía hace poco que los destruiría antes de que los cogiera la policía!

Abofeteó de revés a Bixy de una manera salvaje. Luego se volvió a Budy.

—Es gracioso el tipo, ¿no? ¡Muy gracioso!

Eva se abalanzó al joven en aquel momento.

—¡Perro! Te voy a... Budy la cogió con fuerza por una muñeca, y se la retorció despiadadamente. Durante unos segundos la abofeteó con la zurda.

—¡Quieta, golfa! Tengo muchas horas de vuelo como para no saber que me habrías dejado para irte con Bixy a la primera oportunidad que se hubiera presentado. ¡No aprenderás nunca!

La empujó bárbaramente sobre una butaca, tirándola en ella. La atención se distrajo durante un segundo, que quiso aprovechar el joven para bajar las manos. No tuvo tiempo. Luther se llevó rápidamente la mano al bolsillo, y la alzó en el aire provista de una porra. La descargó con fuerza en la nuca de Bixy que se desplomó como si en aquel momento sintiera que el techo le caía encima.

J. W. Tehan adelantó dos pasos. Dio una patada en el costado del joven, y se volvió a Elk, quien tenía un brillo homicida en los ojos.

—Lleváoslo afuera. Ya sabéis la manera de hacerlo sin llamar la atención.

Se dirigió a Budy:

—Nosotros no tenemos tiempo que perder. Sí, como supongo, está enterada la policía o esos sabuesos del M. I. B. debemos darnos prisa. Usted recoja lo suyo y vaya a unirse conmigo en el Wilson Airport. Tengo siempre dispuesto un avión para emprender la huida en cualquier momento y a cualquier hora. Si quieren pillarnos les haremos correr, y será una carrera mejor de las que haya podido ver en Santa Anita o en Arlington.

Se dirigió hacia la mesa despacho, y comenzó a registrar los

cajones. Luther y Elk cogieron por los sobacos a Bixy, levantándolo del suelo, y Budy le limpió la sangre que le corría por la boca con el pañuelo que el joven tenía en el bolsillo. Hizo un gesto a la rubia para que le siguiera, y la puerta se cerró tras ellos.

Segundos después, Bixy, inconsciente aun, salía el salón sujeto por las axilas entre Luther y Elk. Los bailarines continuaban en la pista como si tal cosa, y los tipos que se hallaban estacionados a la puerta, sonrieron siniestramente. Un criado se aproximó al grupo. Budy y Eva terminaban de incorporarse a él, y el primero calmó al criado con una sonrisa.

—No es nada, amigo; se ha mareado un poco. ¿Quiere darnos su gabardina y su sombrero?

Continuaron la marcha hacia la salida, y la orquesta prosiguió tocando con estruendo, en tanto que Rush, el criado encargado del *buffet,* abría los ojos sorprendido, y Judy, ahogando una exclamación de incredulidad, se escurría, sin llamar la atención, fuera de la sala.

* * *

Algo golpeó la cabeza de Bixy con violencia, y el joven abrió los ojos. Sentía un tremendo dolor en la nuca. Algo así como si tuviera clavos dentro. El traqueteo del auto le indicó dónde se encontraba, y volvió la vista para encontrarse con los agudos ojos de Elk. Sintió el cañón de la pistola de este en el costado derecho, y luego la helada voz del hombrecillo:

—¿Conque querías ir de viaje, eh? Menudo viaje va a ser el tuyo.

Bixy no respondió. Mirando por la ventanilla del coche se dio cuenta de que había abandonado los barrios céntricos, saliendo a una carretera de los suburbios. El auto se deslizaba veloz, sin movimiento apenas, por el macadam de la calzada. A través del cristal divisorio distinguió a Luther al volante.

Trató de incorporarse un poco. La pistola de Elk se le clavó en el costado.

—¡Estate quieto! Tenemos que hablar tú y yo.

Sin apartar el arma extendió la otra mano, levantando uno de los trasportines. Tomó asiento en él, y le miró de frente, con la mano que empuñaba la pistola, sobre las rodillas, apuntado directamente al estómago de Bixy.

Rio durante unos segundos, recreándose en la situación. Sus ojillos relucían con acerados reflejos.

—¿Sabes ya lo de John, no? Mañana lo ejecutan, El joven guardó

silencio.

—Le prometí algo antes de separarme de él. A ver si lo aciertas.

Los labios llenos de sangre de Bixy se abrieron para sonreír con sarcasmo.

—No creo que tenga que cavilar mucho.

—Desde luego que no. Cualquiera, en tu caso, lo sabría.

Jugueteó un segundo con la pistola.

—Reconozco que me engañaste, Bixy. A mí y a John. Al único que no pudiste engañar fue al pobre Dawes. Ese te conocía de largo. Claro que de nada le valió, ya que a última hora se fio de ti. Oye, lo que quería preguntarte es esto: ¿Sabía el guardián lo que le esperaba?

—Creo que sí. Tanto él como los demás guardianes estarían avisados.

—Se lo soplaste cuando lo de las fichas, ¿no? Sonrió Bixy.

—Aquello no estuvo mal pensado, ¿verdad? Mordisteis el anzuelo como peces de cría.

La réplica de Elk fue un tremendo y feroz golpe con el cañón de la pistola en la cara del joven. Este ahogó un grito de dolor, y mascullÓ un juramento. Las pupilas del hombrecillo se achicaron, y el dedo se le tensó sobre el gatillo del arma.

—No seas bestia, Elk —repuso Bixy, dejando caer los brazos sobre el asiento y apoyando al hacerlo el antebrazo derecho en el muslo del mismo lado ¡Espera! —continuó, al ver en los ojos de Elk el deseo de matar—. Quiero que me escuches unas palabras ahora que puedes. ¡Ya sé, ya sé que estoy en tus manos y que solo te basta apretar el dedo para deshacerte de mí! Pero... no lo harás. Al menos no lo harás sin haberme escuchado, o de lo contrario creería que me tienes miedo.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, tú; pero ahora escucha: Me gustaría saber, antes de que fuera tarde, si fuiste tú quien disparó aquella noche cerca del aeródromo. Me refiero a cuando asesinaron a mi padre para robarle los documentos. Di: ¿Fuiste tú?

La sonrisa volvió a la boca del hombrecillo.

—¿Y si hubiera sido?

—Me gustaría que me lo dijeras.

—Pues bien, no fui yo; John disparó sobre él, pero yo fui quien le entretuve.

—No volverás a hacerlo.

Elk entornó imperceptiblemente, los ojos. Su dedo se crispó sobre el gatillo de la pistola que no llegó a disparar. Un fogonazo,

surgió de la mano derecha de Bixy, destrozándole el brazo por el codo. Lanzó un juramento horrible, y trató de coger el arma con la mano izquierda. Ladró de nuevo la «Mauser», y Elk abrió la boca y desorbitó los ojos. Su menudo cuerpo pareció arrugarse, escurriéndose hasta caer de lado fuera del trasportín. El auto frenó en aquel momento. Luther, cogido al volante, había parado el coche en medio de la carretera, y se volvía a mirar por el cristal divisorio. Su derecha voló hacia la funda, sobaquera de la pistola, pero Bixy le apuntó firme con la suya.

—Retira la mano; ¡pronto! Un segundo, y le vuelo los sesos.

Luther alzó los brazos por encima de la cabeza. Bixy abrió la portezuela del auto, y saltó al suelo. Se aproximó a aquel.

—¡Sal! Aun no he terminado contigo.

Luther estaba lívido y tembloroso. Su tremendo corpachón parecía agitarse como una hoja. El joven le quitó el arma, y la arrojó lejos. Luego cambió la pequeña «Mauser» de mano, y golpeó con la derecha en el estómago de Luther. Este se dobló como una navaja. Un *upper-cut* conectó con su barbilla, y se enderezó para caer de espaldas sobre la carrocería del auto. Faltó poco para que quedara *Knock-out*. Bixy dejó que se recobrara, ayudándole con un puntapié.

—¡Vamos, arriba! No hemos empezado el juego.

Luther se apoyó con las manos y las rodillas, hasta conseguir alzarse. Continuaba temblando como antes, pero sus miradas eran asesinas.

—¡Vuélvete de espaldas! —apremió Bixy—. Saca lo que queda de Elk, y déjalo en el suelo. Luego le diré lo que quiero de ti.

Luther se cogió a la portezuela y avanzó unos pasos. Se agachó para introducir medio cuerpo dentro del coche, y a poco sus ojos tropezaron con la pistola que dejó caer Elk al recibir el segundo disparo. Le brillaron las pupilas, y la recogió, empuñándola. Llevando a Elk sujeto por los brazos, lo sacó del auto a rastras. Siguió así hasta dejarlo tumbado en la carretera.

Entonces se incorporó lentamente. De pronto levantó el brazo armado con una expresión de salvaje triunfo en la cara. Le duró poco. La «Mauser» de Bixy escupió fuego y plomo a la vez, y se llevó las manos al pecho soltando la pistola. Antes de morir, oyó decir al joven:

—Esperaba que hicieras eso. Tú lo has querido.

Luther se desplomó sobre el cuerpo de Elk. Bixy contempló un segundo los ensangrentados cuerpos de sus enemigos, y dando media vuelta se guardó la pistola, dirigiéndose al automóvil. Iba a

subir en el, cuando la luz de unos faros le dio en los ojos. Esperó con el pie en el estribo del coche, dispuesto a hacer frente a lo que se le presentase, y amartilló la pequeña «Mauser». Un auto se detuvo cerca, y la voz de Judy le llegó a los oídos llamándole por su nombre. Segundos después corría la muchacha a su encuentro, y cuando quiso darse cuenta la tenía en los brazos. La estrechó en ellos.

—¿Quiere esto decir que me ha seguido, nena?

Ella se apartó, pasado el momento de debilidad. Sonrió confusa.

—Sí —asintió—. Le seguí al darme cuenta de que no parecía borracho. No he querido acercarme antes pero no pude aguantar más, y al oír el segundo disparo y ver que se detenían, me aproximé lo suficiente para ver el final del drama.

De pronto le miró fijamente a los ojos.

—¿No estará herido, verdad?

—No, no lo estoy.

Se aproximó a Judy, y la tomó del brazo.

—¿Qué hacemos aquí? Subamos a su coche, y me explicará todo lo ocurrido. Tengo necesidad de volver cuanto antes a la ciudad.

Echaron a correr. Un segundo más tarde, Judy hacía dar la vuelta al auto, y pisaba el acelerador. Bixy, sentado junto a ella, observaba el clásico perfil de la muchacha.

—¿Me vio salir, no?

—Sí, ya se lo he dicho.

—¿Llamó al número que le dije?

Volvió a afirmar ella.

—¿Qué ocurrió luego?

—No lo sé. Al ver que le metían en un auto, subí al mío, y procuré no perderles de vista.

—¿Vio a su tío?

—No.

Se hizo un silencio que rompió Judy para preguntar:

—¿Puede decirme qué tiene que ver mi tío con todo esto?

—Ya tendrá tiempo de enterarse.

—¿Por qué no ahora?

—No es el momento oportuno.

—¿Qué piensa hacer?

—De momento, telefonear; luego...

—¿Por qué no escapa antes de que le cojan?

Sonrió Bixy.

—La policía y yo somos amigos.

Ella le miró de soslayo.

—No lo dudo —dijo—. Por eso no quieren que se escape.

Volvió a sonreír él, y ella pisó a fondo. El auto aumentó la velocidad, y pasados unos minutos enfilaban una ancha calle iluminada con anuncios de neón. Bixy mandó a Judy que se detuviese frente a una farmacia, y salió del auto diciéndole que le esperara. Corrió hacia el teléfono público, y marcó un número del disco.

—Oiga, Evelyn al habla.

Una voz conocida le contestó al momento.

—¿Es usted, Bixy? ¿Dónde demonios se encuentra?

—A salvo, jefe; ¿qué pasó?

—Llegamos a tiempo. J. W. Tehan iba a subir cuando fuimos. ¿Sabía usted que era hermano del comisario del distrito 14?

—Sí.

Se oyó una exclamación de asombro al otro lado del cable.

—¿Dice que lo sabía?

—Sí, jefe; me enteré esta misma noche.

—Bien, pues... no hay mucho que contar. Dimos con los documentos que robaron al agregado de la Embajada, y conciertos papeles que indican quién es el actual propietario de los planos que robaron a su difunto padre. ¡A propósito, Bixy! ¿Sabe que Elk, uno de los asesinos, huyó de la penitenciaría? Se lo iba a decir cuando me llamó anteriormente por teléfono, pero cortó antes. ¿Por qué lo hizo?

—Ya se lo explicaré, jefe. Desde luego no tiene por qué preocuparse de Elk; tanto este como un tipo llamado Luther, están listos. Los encontrarán en la carretera de Algonquin, a unas millas de Arlington. Mande allí una ambulancia y un chofer para que este se haga, cargo del auto que dejé.

—Conforme. ¿Qué va a hacer ahora?

—Darme una ducha, jefe; tengo la cara como nueva, y la cabeza parece que quiere reventar. ¡Ah, una cosa! ¿Dice que Tehan?...

—Asunto liquidado. Se pegó un tiro cuando le dejamos solo. Su hermano tuvo la «mala fortuna» de dejar una pistola cerca, y...

—Ya. Mejor así. ¿Qué fue de Budy y de la rubia?

—Los atrapamos en el *dancing*. Los muchachos estaban esperando que llegara y no ofreció dificultades la cosa. Por cierto que la chica dio bastante que hacer. No había quien pusiera a Budy la mano encima estando olla delante.

—Lo creo, jefe, lo creo; era de esperar que Ocurriera algo parecido.

Rio durante unos segundos, mientras colgaba. Al salir para subir

al auto, la sonrisa continuaba animando su rostro. Se acomodó junto a Judy, cerrando la portezuela. Ella se volvió para consultarle con la mirada, sin soltar el volante.

—¿A dónde vamos?

—Dé momento, a mi casa; he de bañarme un poco y cambiarme de ropa. Luego...

—¿No irá a hacerme creer que piensa quedarse en Chicago, verdad?

—¿Por qué no?

Apretó Judy los dientes. Zumbó el motor, y el auto se puso en marcha.

—No le entiendo —dijo.

Se detuvieron frente al edificio donde tenía Bixy sus habitaciones. Bajó él del auto, y la contempló un segundo.

—¿No quiere subir conmigo? La invitaré a tomar una copita antes de acompañarla a casa.

—No lo hará.

—¡Vamos! Déjese de pamplinas, nena; he dicho que iré a llevarla a su casa y lo haré de todas formas. No voy a dejar que lo haga sola.

—No necesito a nadie para ello.

—Quizá no, pero... ¡tengo tantas ganas de saludar a su padre!... Judy abrió los ojos, sorprendida. Una firme resolución se pintó en su semblante, y se apeó del auto.

Dijo, mientras echaba a andar junio a él:

—Ya que lo quiere... veremos lo que tiene que decir a mi padre cuando lo tenga cerca. No creo que le resulte fácil la cosa.

—Seguro que no.

Dio ella dos pasos, y se detuvo. Su blanca mano se posó en el brazo de Bixy.

—¿Por qué no huye? Tal vez aun tuviera tiempo. No quiero pensar mal de usted, pero me figuro que la policía no será de mi misma opinión.

—¿Y si lo fuera?

Frunció Judy los labios.

—Le contestaré a eso cuando la tenga delante.

Echaron a andar. Al llegar al piso, el joven abrió la puerta de su apartamento, y se hizo a un lado para que ella entrara, después de pulsar el conmutador de la luz. Luego, volvió a cerrar la puerta. Haciendo un gesto para que le siguiera, echó por el pasillo hasta llegar a la salita, y allí buscó de igual modo el conmutador de la luz. Dio vuelta a la llave, y se quedó rígido. Peeler, el hermanito de Dawes, se hallaba dentro, y le apuntaba con una pistola.

Dejó aquel de masticar el chicle, enseñando los dientes al sonreír.

—¡Pasa, Bixy, pasa! Te estaba esperando. Me figuré que si lograbas escapar de Budy y los suyos, vendrías por aquí, y no me equivoqué —continuó sin dejar de apuntarle, indicando con el cañón del arma a la aterrorizada Judy—: ¡Bonita chica la tuya!

Se alzó de la silla que ocupaba, manteniendo firme la pistola.

—¡Vamos! ¿Qué esperas? ¿No te he dicho que pases?

Retrocedió unos pasos yendo a apoyarse en uno de los muebles. El tubo negro del silenciador apuntaba al vientre de Bixy.

—¡Buena faena hiciste con Limy! ¿eh? No te creía tan rápido... y él, menos. ¿Cómo te apoderaste de la pistola?

Aguardó un momento, y al no obtener respuesta, prosiguió en otro tono:

—Supongo que ya sabrás lo de Elk, y que se fugó de la penitenciaría, ¿no?... ¡Bueno, hombre, bueno! ¿De manera que nos has resultado un chivato, un asqueroso chivato de agente? Del M. I. B., nada más, ¿eh? Lo que se dice todo un gran señor polizonte. ¡Maldito bicho! ¡Y que un tipo como tú haya sido la cause de la muerte de mi hermano!... Se llevó el dorso de la mano izquierda a la boca, y arrojó el chicle al suelo. Luego se la limpió de idéntica manera, después de escupir.

Entornó los párpados.

—¿Sabes lo que estoy pensando? —dijo.

Bixy avanzó hacia el interior de la salita, apartándose de Judy.

—No. ¿Qué es ello?

—Pues que podíamos celebrar la fiesta juntos. Porque me figuro que habrás traído a la chica para celebrar algo, ¿no? ¡Está uno tan solo!... El joven dio unos cuantos pasos más con los brazos en alto, hasta llegar junto a una mesita, quedando frente a Judy.

—Escucha, muchacho: ¿Por qué no te largas? No tengo nada contra ti, y sería una verdadera lástima que te ocurriera igual que a los otros, ¿sabes? ¡Una verdadera lástima!

—¿Sí? No me hagas reír, hombre; ¿qué les ocurrió?

—Poca cosa: Elk y Luther están haciendo compañía en los infiernos a Limy; y, en cuanto a Budy y la rubia... esos tendrán para una temporada en la sombra, y les quedará tiempo más que suficiente para acordarse de mí. Los asesinatos y el espionaje son mala cosa, créeme: conducen por lo regular a la silla.

—¿Y?...

—Tú no estás en ese caso. Aun tienes tiempo de volverte razonable.

—Conque volverme razonable, ¿eh? Pues verás, estoy por llevarte la corriente y ser buen chico. Primero liquidaré la cuentecita contigo, y luego se la ajustaré a esa ricura que te acompaña, con el fin de que no te encuentres solo. ¡No tendrás queja!

—Desde luego que no. Oye, ¿hacemos un trato?

Chispearon las pupilas de Peeler.

—No quiero trato contigo.

—Te acuerdas de los billetes que me encontrasteis en casa de Limy?

—¡Sí!

—Los tengo en el bolsillo todavía. Si dejas que la chica se marche, son tuyos.

—¡Bah! Creí que sería otra cosa. Los tendré en cuanto te liquide.

—Pero no los disfrutarás. Supongamos que me matas, ¿eh? Bueno, pues otro agente me substituirá, y no habrás conseguido nada en absoluto. Tarde o temprano te echarán la mano al cuello, y te arrepentirás lo que te quede de vida. La silla no es para tomarla a broma. Cuando te corten la pernera sentirás que se te encoge la piel y se te pone carne de gallina. Luego...

—¿Quieres callar? Ya has hablado bastante, y no quiero seguir escuchando.

—Espera aún. Dos palabras tan solo y dispara si quieres. Hay un auto abajo, y dentro de él varios agentes que me esperan. En cuanto se den cuenta de que tardo en salir... —se interrumpió para exclamar, mirando hacia donde se encontraba la muchacha—: ¡No, Judy; eso no!

Peeler desvió la vista un segundo, y le fue fatal. La mesa salió lanzada a causa de un certero puntapié de Bixy, dándole en el vientre. Disparó, no obstante, pero sin dar en el blanco. El joven, dando un salto tremendo, se le echó encima. Con la izquierda le arrebató la pistola, arrojándola al extremo opuesto de la sala, Mientras que con la derecha le atizaba un formidable golpe en el mentón. Peeler salió despedido por la fuerza del impacto, tambaleándose. Pegó contra la pared, y se enderezó al punto. En sus ojos había sorpresa y odio. Rechinó los dientes, y se lanzó contra Bixy.

El joven le dejó llegar. Fintó con la derecha, y le sacudió con la zurda en el estómago. Luego se enderezó rápido, y su derecha se incrustó con la fuerza de un proyectil en la barbilla de Peeler. Este cayó hacia atrás, dándose con la cabeza en el tabique. Rebotó en el suelo, y se quedó patas arriba.

—¡Formidable, Bixy! Ha sido un *knock-out* perfecto. Te felicito.

El joven se volvió, y Judy hizo lo mismo. Dane les sonreía desde la puerta.

—¿Tú?

—¡Claro! ¿Qué creías? Siempre que huelo un buen combate, procuro llegar a tiempo. Las peleas me gusta verlas desde el *singside*. Aunque —añadió— no me atrevería a decir que esta lo ha sido.

Avanzó al encuentro de Bixy, y entonces pareció reparar en la muchacha.

Silbó durante unos segundos.

—¡Hola! No te creí tan bien acompañado. ¿Qué haces que no me presentas?

El joven se miró la mano, y cerró el puño. Contestó sonriendo:

—Si has venido a que te caliente, no has podido hacerlo en mejor ocasión —se volvió a ella—. Señorita: este es Dane, un chico del M. I. B. que no puedo quitarme de encima —y agregó, dirigiéndose a su amigo—: Te presento a Judy Wald, hija del comisario del distrito 14. ¡Bueno! —exclamó—. ¿Te llevas a ese gorila de Peeler y nos dejas solos, o prefieres boxear conmigo?

Dane movió la cabeza de izquierda a derecha.

—No, me llevaré a Peeler. Veo que no te encuentras con facultades para aguantar un «round» a todo tren: tienes la cara hecha un cromo, y parece que te duele la boca. Otra vez será.

Se acercó a Peeler levantándole sin esfuerzo. Le zarandeó un segundo como un pelele y se dirigió con él a la salida. En ella, se volvió para decir:

—Si me necesitas no tienes nada más que decirlo. Por más que… —guiñó un ojo con picardía— no lo creo.

Los dejó solos. La puerta de entrada se cerró de golpe y Bixy miró a la joven de soslayo. Esta le miraba con cierta sorpresa fácil de explicar. De pronto se acercó a él.

—¿Así que es un agente?

Afirmó Bixy con la cabeza.

—¿Por qué no me lo dijo?

—Pues… ¡la verdad! no me dio tiempo para ello.

—Ya. Entonces lo del robo de aquella tarde fue una comedia y de igual modo su fuga de Joliet, ¿no?

—Casi, casi.

—¿Puedo saber cuál es su nombre?

—Bixy.

—Bixy, ¿qué?

—Hunt.

—¿Pariente del comandante que asesinaron?

—Hijo suyo.

—¡Ah!... La exclamación de Judy fue ahogada por el repiqueteo del timbre telefónico.

El joven se aproximó dónde está el aparato y descolgó el micro.

—Diga.

—¿Es usted, Bixy?

—Sí, jefe, sí; hable.

—Le llamo para decirle que en el almacén de Budy, en la Avenida Devon no hemos encontrado nada. Aquello está en orden.

—¿Sí? Oiga esto jefe: En el despacho que verán al fondo hay un armario. Ábranlo. Detrás de él hay una galería que se bifurca en tres. Tomen la del centro y caminen doce pasos. Hay un recuadro en la pared y este se mantiene en un carril por el que se desliza dando paso a una escalera. Se hallarán en el *living* de un...

—No siga, Bixy, ya daremos con ello. Oiga otra cosa: El comisario Wald está conmigo. Parece que le dijeron algo de que le vieron a usted con su hija en casa de J. W. Tehan. No ha podido dar con ella hasta ahora. ¿Sabe usted algo?

—Está conmigo, jefe; ¿digo que se ponga?

—Hágalo. Hablará con su padre.

Bixy tendió el auricular a la joven.

—Preguntan por usted.

—¿Por mí?... Tomó el receptor llevándoselo al oído. Comenzó a hablar. Durante unos minutos escuchó en silencio mientras los ojos se le anegaban en lágrimas. Por último colgó y fue a dejarse caer en una butaca de la salita.

Él se le acercó en silencio. La tomó por los hombros.

—¡Vamos, Judy, cálmese! Ya ha concluido todo.

Hipó ella.

—¿Usted sabía?...

—Sí; lo supe cuando usted me dijo que James Wald Tehan era tío suyo.

Apartó ella las manos de la cara para mirarle.

—Mi padre dice que presentará la dimisión, que... que... Bixy se aproximó y se inclinó para besarla. Judy no se resistió a la caricia pero parpadeó varias veces. Luego, cerró los ojos.

El joven se separó contemplándola en silencio. Inició la marcha hacia el dormitorio. Por encima del hombro, dijo antes de desaparecer:

—Espérame unos minutos, ¿quieres? Enseguida vuelvo. Iremos

a ver a tu padre y quizá logremos entre los dos quitarle esa idea de la cabeza.

Judy sonrió entre lágrimas. Se llevó un dedo a los labios como si aún sintiera en ellos el calor del beso recibido y volvió a sonreír. Dentro, en el cuarto de baño, se oía el ruido del agua de la ducha y el silbato feliz de Bixy.

F I N

PENETRAR EN EL SECRETO RECINTO...

...en que los científicos alemanes realizaban, en 1943, las experiencias atómicas, era una misión temeraria para un agente del F. B. I. Y más arriesgado aún era salir de aquel vigilado lugar. Pero tanto al audaz aventurero como a su joven colaboradora, les habían inculcado el lema de que «la vida del agente secreto va acompañada de la seguridad de hallar

LA MUERTE EN CADA MINUTO

y bien pudieron comprobar los dos que esta frase no era un fútil «slogan». La muerte se cernió, en efecto, sobre ellos, en cien ocasiones, como podrá usted comprobar leyendo...

...la nueva y apasionante novela del popularísimo autor

AL MASSON

que con el sugestivo título

LA MUERTE EN CADA MINUTO

publicará en su próximo número la insuperable Colección

SERVICIO SECRETO

Cualquier momento es bueno...



...PARA LEER

El DDT

LA PUBLICACION MAS DIVERTIDA DE TODOS LOS TIEMPOS

SOLO CUESTA 2 PTS.

Ultimas novedades de
EDITORIAL BRUGUERA



COLECCION
PIMPINELA

Núm. 269 - M. Redón Chirona
SU GRAN MENTIRA
Núm. 270 - Amparo Lara
EL SOL SALE OTRA VEZ
Núm. 271 - Sergio Duval
UNA MUCHACHA FACIL
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
ROSAURA

Núm. 109 - M.ª Adela Durango
LA SEGUNDA MADAME DUPUY
Núm. 110 - Pilar G. Rua
REBELDE A SU DESTINO
Núm. 111 - Trini de Figueroa
FRENTE AL MAR
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
MADREPERLA

Núm. 165 - Maria Nieves Grajales
VENERADA
Núm. 166 - Isabel Salueña
VENGANZA DE MUJER
Núm. 167 - Maria Teresa Albo
LA NOVIA DE MI ENTRAÑABLE AMIGO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
BISONTE

Núm. 210 - M. L. Estefanía
VENTAJISTAS EN SILVER CITY
Núm. 211 - Raf Segrram
UN TRISTE VAQUERO
Núm. 212 - Peter Doom
TIP TOP
APARICION SEMANAL. PRECIO 4 PTS.



COLECCION
SERVICIO SECRETO

Núm. 74 - A. Rolcest
MUERTE EN LOS ROSTROS
Núm. 75 - Tony Wanton
ACORRALADO
Núm. 76 - Al Masson
LA MUERTE EN CADA MINUTO
APARICION SEMANAL. PRECIO 5 PTS.



COLECCION
AUTORES FAMOSOS

Núm. 26 - Zane Grey
TIBURONES DEL BOSQUE
Núm. 27 - Clem Yore
LA LEY DEL DESIERTO
Núm. 28 - Zane Grey.
EL VAQUERO NOVATO
APARICION BIMENSUAL. PRECIO 16 PTS.

Ultimos volúmenes aparecidos.

Volúmenes de próxima aparición



Precio: 5 pts.